

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

intruso en las tinieblas

peter debry



SS **SERVICIO SECRETO**



PETER DEBRY

INTRUSO EN LAS TINIEBLAS

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.028

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 7.736 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1970

© **PETER DEBRY** - 1970
sobre la parte literaria

© **MIGUEL GARCIA** - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección **BISONTE**:
1159 — Pista para pistoleros.
- En Colección **SERVICIO SECRETO**:
1024 — Portadora de muerte.
- En Colección **BUFALO**:
851 — El pistolero de la mano muerta.
- En Colección **CALIFORNIA**:
623 — Tiros por la culata.
- En Colección **SALVAJE TEXAS**:
614 — Legionarios del "Colt".
- En Colección **COLORADO**:
462 — Telón de plomo.
- En Colección **PUNTO ROJO**:
415 — La cabeza de Salomé.
- En Colección **ASES DEL OESTE**:
374 — "Kentucky Joe".
- En Colección **BRAVO OESTE**:
413 — Mercenarios del plomo.
- En Colección **KANSAS**:
609 — Una cerca y varias tumbas.

CAPÍTULO PRIMERO

Sanderville era una ciudad al nordeste del río Delaware. Una ciudad tranquila, en apariencia. Hasta la noche en que cayó muerto el juez Douglas.

Su cuerpo quedó a medias en la calle y a medias en la galería del hotel Lincoln. Una galería que servía también de acera en aquel trecho de veinte metros bordeando la calle Sun.

Eran las dos de la madrugada. La luna menguante brillaba lívida en el frío cielo.

En aquel porche galería había cuatro accesos al hotel: la entrada principal, otra puerta al extremo norte, la barbería y el *drugstore* que al fondo comunicaba con el vestíbulo del hotel.

Fue por la pequeña puerta auxiliar al extremo norte de la galería por dónde salió el juez. Se detuvo un instante, mirando a uno y otro lado. Luego, empezó a caminar en dirección sur por la galería, pasando delante de la barbería y la tienda.

Desde la vía férrea distante dos manzanas llegó el estrépito metálico de un tren de carga. Era un ruido crepitante.

El otro ruido, el de los disparos, pudo proceder de cualquier sitio. Se fundieron sus ecos con los chasquidos de las ruedas de los vagones.

Los disparos hicieron describir a Lloyd Douglas una especie de ballet macabro. Su rodilla derecha ascendió y su mano izquierda se engarfió en su estómago.

La diestra se proyectó hacia adelante, abiertos los dedos, pero falló la baranda de madera carcomida. Y la parte superior de su cuerpo cayó a la calle.

Luego, nuevamente, el silencio y la quietud se adueñaron de Sanderville. Se extinguió el rumor del tren ya en la lejanía.

Al día siguiente el *Daily News* de Sanderville proclamó solemnemente que el asesinato era obra del Sindicato del Crimen, según la teoría de la policía.

Quizá había enviado a presidio a algún hampón influyente; quizá tenía en suspenso alguna condena y estaba estudiando las indagatorias previas.

Sin embargo, el reportaje sugería que las ramificaciones del Sindicato, salvo en caso muy extremo no se atreverían a liquidar a un representante de la ley.

Sobre todo a un magnífico ciudadano, bien amado de la comunidad como lo era el juez Douglas.

Aquel asesinato puso en actividad a la comisión anticrimen, cuya sede en el Estado se hallaba a cien millas, en Harbor Point.

Una organización privada, autónoma, cuya arma principal era la publicidad. Web Anders, jefe de la organización anticrimen, convocó a su mejor auxiliar.

Un ex policía, expulsado por exceso de sinceridad, y exceso de juventud según el propio Anders.

Robin Baxter, patilludo y de expresión melancólica, parecía aburrirse constantemente. Entró en el despacho de Anders acentuada su apariencia de sumo fastidio.

—Hola, Robin. Tienes que ir a Sanderville. En caja te entregarán quinientos dólares para gastos. Los tendrás que gastar en información.

—¿Dónde me darán la información? ¿En el socorro al viajero ignorante?

—Me importa un rábano dónde la consigas. Y por favor, no te pongas a jugar a Ironside. Nos importa un rábano quién mató al juez. Lo que nos interesa son las órdenes que firmó autorizando interceptar teléfonos.

—Comprendido. Si formamos trifulca con el asunto de los teléfonos interceptados, entonces tal vez los federales se interesarán en el caso. De todos modos, tampoco podríamos darle nuevamente vida al juez Douglas. Un juez más o menos, poco importa Sobran, ¿no?

—Anoche no te sentías tan cínico, Robin.

—¿Cómo puede usted saberlo?

—Lo oí comentar a un tipo que anoche te vio en uno de esos locales de la colina... Luces tiernas, música merengue y tú dándole coba a una guapetona.

—Me gustan las chicas. ¿O preferiría usted que fuera al revés?

Era muy cierto que a Baxter le agradaban enormemente las mujeres. Menos las artistas de *show*. Se había casado a los veintitrés años con una artista. Cantante melódica.

Era también un talento en el arte de exasperar. A los dos años, consiguió Baxter el divorcio. Actualmente no había cumplido los veintisiete y parecía más viejo.

—Volvamos al asunto, Robin. A propósito de Sanderville hay solamente tres cosas que tienes que saber.

—Quiere decir que solamente sabe usted tres cosas acerca de lo que pasa por Sanderville.

—Luego me reiré. Veamos el primer punto: Sanderville tiene un cacique secreto, llamado Don Duncan.

—Me replica en el tímpano.

—En el condado de Sanderville, Don Duncan es el jefe del hampa. Es propietario del Gay Tavern, un parador con sala de baile, bar y atracciones, en la carretera que lleva de la ciudad al hipódromo.

—Oficialmente, ¿ocupa algún cargo?

Consultó Anders las tres fichas que tenía delante.

—Es el patrón de la Unión de Descargadores y Camioneros. Está probablemente mangoneando todo lo relativo a transportar ¿Tomas nota?

—Mentalmente. A veces puede borrarse, pero no compromete ni perjudica al portador.

—Número dos, el primer sitio al que has de ir es al periódico. El redactor jefe se llama Leroy. Es también el mandamás de la emisora de televisión. Háblale.

—Le hablaré. Pero, ¿querrá él hablar? Periodistas charlatanes se vuelven mudos apenas olfatean a un sabueso.

—Tú eres un sabueso fino.

—Gracias. A veces hasta es usted cortés.

—Número tres, te he buscado un contacto con un tipo llamado Luke Marvin. Es detective privado y experto en la técnica de interceptar teléfonos. Podrá contarte algo. Lo que será no tengo ni idea Todo lo que sé de Luke Marvin es su nombre y su reputación. Le ofreces un billete de cien, y a ver qué te cuenta.

—¿Cómo entraré en contacto con Luke Marvin?

—Probablemente él se ocupará de ese trámite.

—¿Y si no...?

—Búscale en la guía telefónica.

CAPÍTULO II

Donald Duncan administraba justicia tres veces por semana en su Gay Tavern, el parador de la carretera.

La mañana siguiente al asesinato del juez, Don Duncan escuchó a un amigo suyo, que a su vez tenía un amigo que trabajaba como transportista en la ciudad.

Un transportista descargador que ahora se encontraba no solamente convaleciente de una paliza brutal, sino desesperado, porque su esposa necesitaba una intervención quirúrgica.

Los prestamistas de su sector lo asediaban constantemente. No pudo pagarles y le administraron una felpa soberana.

El amigo del descargador agregó:

—Si le dan un respiro pagará lo que debe, Don.

Duncan unió las yemas en pirámide ante sus labios. Por fin dijo:

—¿Quién es el fulano que prestó a tu compinche?

—Un matón apodado Bugs. Es el jefe del sector.

—Pregúntale si puede dejarse caer por aquí para charlar un poco.

Bugs se dejó caer al poco tiempo.

—Siéntate, Bugs —le invitó Duncan.

Bugs sentóse dócilmente.

Duncan empleaba un tono casi afable.

—¿Le prestaste plata a un hombre llamado Kovalsk?

—Un bastardo informal, eso es lo que es el polaco.

—Era. Ya no. Trabajas con el capataz, ¿no? Asintió Bugs.

—¿Y ves el sobre de paga de Kovalsk antes que él, no es así?

Bugs se relamió, cabeceando afirmativamente. No había calefacción, pero sentíase incómodamente caluroso sentado allí dentro.

—¿Cuánto le has estado reteniendo de la paga, Bugs?

—Cuarenta pavos.

—Esto es demasiado.

—El pidió prestado —dijo defensivamente Bugs—. Yo no le dije que pidiese prestado...

—Eres el único a quién podía pedir prestado. Es tu monopolio.

—De acuerdo, pero el que debe tiene que pagar, digo yo.

—Te devolverá lo que debe. Ahora tiene Jaleo en su casa. Facturas decentes. A partir de la próxima paga, le retienes quince

dólares por semana. Ni una gorda más.

Bugs suspiró.

Añadió Duncan:

—No lo avasalles más. Nada de más vapuleos.

—De acuerdo.

Y Bugs meditó porque acababa de hallar una justificación.

—Tuvimos que arrearle duro porque me dijo que iba a charlar con la policía si no le dejaba en paz.

—Nadie del gremio mío va nunca a la policía —afirmó Duncan.

Era a la vez una amenaza y una simple declaración.

Hechas las indagaciones correspondientes quedó demostrado que Teo Kovalsk no tenía la menor intención de recurrir a la policía.

En ello había una ironía especial, por cuanto Teo tenía un hermano menor que era policía. Un simple patrullero. De a pie. Y Teo nada le había dicho a su hermano Mike.

Además, Mike Kovalsk, el hermano del cargador, ya tenía sus propios problemas. Aquel mismo día, el día después de la muerte del juez, estaba Mike Kovalsk montando guardia en un pasillo cuando cuatro funcionarios de la comisaría irrumpieron en un piso del centro de Sanderville.

Hubo barullo y voces al interior. Luego los cuatro agentes salieron empujando a dos individuos.

Uno de los agentes le dijo al patrullero Kovalsk:

—Siga aquí. Bajamos a la calle para hablar con algunos ciudadanos.

Se fueron. Y Mike Kovalsk permaneció allí, joven y torpe en su uniforme. Al aburrirse, empujó la puerta del piso.

Lo que vio no tenía significado para él, al principio. A la derecha había una amplia centralilla. Y en una mesa, cinco grabadoras. Cuatro de ellas cerradas, pero la quinta tenía la cubierta alzada, la cinta puesta y si bien no funcionaba, estaba encendida.

Del tablero de la centralilla colgaban cables en desorden, como si hubieran sido arrancados demasiado apresuradamente de sus conexiones.

Para el caso no hacía falta haberlos desconectado.

Porque en el tablero y bajo las clavijas-hembra, había pequeñas tirillas de papel.

Y sin saber la razón, Mike Kovalsk extrajo su libreta de notas, y escribió lo que se hallaba en cada tirilla.

5B07

5B55

6B90

6B63

Luego, regresó a su puesto de servicio fuera, en el pasillo.

* * *

Por el calendario, era la última semana de invierno. El tren procedente de Harbor Point llegó a las cuatro, y chico minutos de la tarde. Robin Baxter bajando de este tren, se dirigió rectamente al andén de salida donde aparcaban los taxis.

Permaneció unos instantes esperando por si su contacto hacia acto de presencia. Le concedió tres minutos. Llamó luego un taxi.

—Lléveme a las oficinas del *Daily News* y luego deje usted mi maletín en el hotel Lincoln.

—Oiga... El Lincoln está por el camino hacia el *Daily*.

—No importa. Lléveme primero al periódico y luego deje mi maletín en el hotel. ¿Le parece bien?

—Me parece como usted diga.

Al remontar la calle Sun dijo el chófer:

—Aquel es el hotel.

—¿Fue allí donde balearon al juez?

—Todavía en la madera hay trazos de tiza. Ya sabe... Al perfil que le sacan al difunto.

Poco después el taxi paraba. Mirando por la ventanilla manifestó Baxter:

—Le dije al edificio del *Daily*.

—Y ahí lo tiene.

—Esto es un Banco.

—¿Y qué culpa tengo yo, forastero? Es un edificio con un Banco y con un periódico. ¿Cree usted acaso que en esta ciudad tienen un edificio particular para cada cosa? Hasta el depósito donde llevaron al juez, tiene una timba de dados en el sótano.

Sacando su cartera comentó Baxter:

—¿Qué consecuencia hay que deducir? ¿Qué esta ciudad es pecaminosa o superpoblada?

—Ambas cosas. Bueno, le cobro medio dólar por llevar la maleta.

—Guarde el cambio.

—Gracias. Espero que lo pase bien.

Las oficinas del *Daily News* estaban en el segundo piso.

Redacción, según una flecha, se hallaba en la segunda puerta de la izquierda.

Entró Baxter.

Había una hilera de compartimientos con tabiques divisorios formados por estanterías archivadoras.

Un individuo de cara afilada y revuelto pelo canoso, chaleco de pana y visera sobre las cejas, sentado tras una larga mesa, parecía muy atareado.

Robin Baxter repicó sobre una esquina de estantería.

El de la visera alzó la cara. Dijo Baxter:

—Quisiera ver al director.

—Yo soy.

—Al redactor en jefe.

—Yo soy.

—Me llamo Baxter, de la Comisión Anticrimen de Harbor Point.

Busco a Leroy.

—Yo soy Leroy. No me mire como si debiese ponerme todo excitado al oír eso de anticrimen. Siéntese.

Cuando Baxter se hubo sentado, Leroy eligió del rimero de lápices, una larga boquilla.

Preguntó:

—¿Qué fuma usted?

—Nada.

—¿Bebe?

—Conformes.

—¿Ginebra?

—“Bourbon” si tiene.

—¿Le importa sea en vaso de papel?

—Coloque uno dentro de otro, por favor.

Leroy levantándose fue a la bomba de agua refrigerada. Polvorienta. Un modelo anticuado. Abrió el compartimiento para hielo y extrajo dos frascos planos. Uno era de ginebra.

—“Brisas del Sur” —dijo Leroy, manteniendo en alto el otro frasco.

—Duplique el vaso para no dilapidar líquido. Cala.

—Si bebe lento, claro —recriminó Leroy.

Incrustó un vaso cónico dentro de otro, vertió el *whisky* y tendió el recipiente doble por encima de la mesa a Baxter.

Luego miró dubitativo el frasco de *gin* en la fresquera sin hielo y acabó, por servirse “Brisas del Sur”, empleando un vaso solamente.

Al sentarse de nuevo, opinó:

—Tenemos, pues, a un ejemplar que bebe, pero no fuma.

Veamos ahora. ¿Lleva pistola?

—No.

—Siempre he pensado que llevar pistola es el mejor medio de hacerse pegar un tiro. El otro siempre puede alegar legítima defensa.

—Una filosofía acertada.

—Por otra parte —expuso Leroy— el juez Douglas no llevaba pistola. Y sin embargo le balearon.

—Pero no en legítima defensa.

—¡Quién sabe, quién sabe!

—¿Cuándo le zumbaron?

—Anteayer.

—¿Desde entonces no sucedió nada?

—Se casó la hija del jefe de policía.

—¿Nada más?

—¿Le parece poco? Ella está muy contenta. Bien, o sea que ha venido por la muerte del juez.

—Yo no.

—Vamos, vamos, joven. Apostaría cinco a uno que a esto se debe su llegada a Sanderville.

—Entonces perdería usted cinco. No quiero saber quién mató al juez.

—Si a usted no le interesa, ¿a quién entonces?

—Que me registren... Tal vez a usted.

—¿Por qué a mí?

—Es periodista.

—El departamento de los paladines cruzados idealistas está dos puertas más abajo. Personal del Banco. Aquí solamente estamos interesados en anunciar electrodomésticos.

Robin Baxter se llevó la diestra al lóbulo de la oreja izquierda y frotó con el pulgar. Era un tic característico.

—Escuche, veterano de la Prensa. Yo soy de la comisión anticrimen. Y, ¿cuál es nuestra misión?

—Picó el anzuelo —dijo Leroy acremente—. ¿Me va usted a largar el rollo acerca del blanco faro luminoso de la atención pública enfocado sobre la perversidad sin castigo?

—Si no fuera por sus canas, le llamaría cínico, Leroy.

—Exacto adjetivo. Pero lo soy en sentido griego. Ácrata. Cínico, hombre que anhela oír y decir la verdad. Escuche, joven, mi periódico no desea el premio Pulitzer. Mi estación de “tele” no desea la Medalla del Buen Fisgón.

—Pero sí que desea un aumento de tirada, ¿o hago pifia?

—Empiezo a considerarle con cierta atención benevolente, Baxter. Pero usted dijo que no le interesaba saber quién mató al juez.

—No me interesa. Lo que me interesa es espacio en su periódico. Eso es lo que hace la comisión. Formar el suficiente alboroto público... lo cual significa colaboración de la Prensa, TV, radio, revistas y demás... Y quizá entonces se consigue acción. Una acción y actividad que no se obtiene más que así.

—¿Acción por parte de esta ciudad? —y Leroy relinchó sarcástico—: Acción por parte de la legislatura federal.

—Oh, oh. Una nueva ley estatal. Declarando ilegal el asesinato, a lo mejor.

—Declarando ilegal. Interceptar y grabar conversaciones privadas.

—¿El qué?

—Ya lo oyó. Y sabe de qué se trata.

—Es muy probable. Pero, ¿qué tiene que ver la muerte del juez con esto?

—Ahí es dónde está el arte del periodismo, maestro.

—Vaya... Usted sabe un montón acerca del periodismo. Usted es un chico listo.

—¿Sabe lo que soy? Un animal en un reino vegetal.

—A lo mejor es un chico honrado.

—¿Sabe por qué soy honrado? Porque cuando llego yo, ya no queda nada para mí. Si liquidan al juez, mantienen en silencio al fiscal y al comisario, ¿para qué van a molestarse ocupándose de la chusma como yo?

Un simple representante de una comisión ingenua que pretende pegar duro a la cabeza, no a los pececillos. De todos modos, no soy peligroso. No tengo una autoridad fuerte que me respalde.

—Pero ya está aquí... en las tinieblas. Ya es un intruso en las tinieblas. Ha venido porque mataron al juez, pero no le interesa el crimen. Le interesan las grabaciones y la violación de las conversaciones. Bien, tómese otro trago, intruso.

—Voy a por él.

Robin Baxter se levantó. Un tipo flaco, indolente, membrudo. Fue a rellenar su doble vaso.

Preguntó:

—¿Conoce a James Fergus?

—¿El fiscal del condado? Sí. ¿Por qué?

—Fergus hace mucho uso de las interferencias telefónicas.

—Posiblemente. Pero en este estado es legal. Basta tener una

orden judicial debidamente firmada.

—Eso es— y sentándose agregó Baxter—: Los fiscales son humanos como usted y yo. Cada uno de ellos tendrá su propio juez favorito o un par de ellos. En definitiva, laboran en pro de la justicia.

Saboreó Baxter un sorbo de licor, antes de añadir:

—Ahora bien, en el caso de James Fergus, había solamente un juez que filmaba cualquier orden para interceptar línea telefónica que trajese Fergus. Y no solamente espías auriculares policiales.

—¿No? —fingió extrañarse Leroy.

—Fergus tiene un bufete particular. Tal vez uno o dos de sus clientes podían hacer uso del mismo servicio de escucha. O sea que Fergus tenía un juez... Lloyd Douglas, el mismo que anteayer se cargaron.

Leroy se reclinó hacia atrás, rascándose el vello de la mejilla.

—Yo diría que Fergus tiene bastantes problemas. Hay un sujeto almacenista de licores llamado Clem Simons que se presenta a las elecciones de concejal en contra del hombre apoyado por Fergus. Simons y Fergus no congenian mucho.

—Tampoco me interesan las elecciones. Todo cuanto vine a decirle es que tendrá noticias más con respecto al asunto de los espías telefónicos... Si es que puedo descubrir algo.

—¿Cree que podrá?

Alzó Baxter los hombros.

—Tengo dos cosas a mi favor. Una, es dinero al contado. Puedo pagar por informaciones.

—¿Quiere que le ponga un anuncio en el periódico? “El joven Baxter de la comisión del anticrimen está aquí. Pagaré información acerca del espionaje alámbrico. La necesita para dar el gran golpe con la legislatura federal”. ¿Algo parecido?

—No estaría mal si se pudiese. Es una pena que no se pueda.

—¿Qué otra cosa tiene a su favor, Baxter?

—Amor a la justicia, o cómo diablos se llame. Me revientan los abusos. Considero que no debe violarse la intimidad del prójimo.

—Si hubiese bastante justicia, no necesitaría usted su dinero.

—Celebro que lo haya expresado de este modo, Leroy. Por un momento temí que fuera usted un completo pesimista. Pensé que iba usted a decir que si tuviera bastante dinero, no necesitaría amar la justicia y lo justo.

CAPÍTULO III

Tras la cena, Mike Kovalsk, el policía que estuvo de guardia en el pasillo mientras los detectives irrumpían en la guarida con la centralilla clandestina, contemplaba maravillado a su esposa.

Pese a llevar cuatro años de casados, Mary le parecía siempre su novia. Aunque a veces estuviese algo irritada, como ahora, que al terminar con la vajilla, debía recoger todos los cachivaches esparcidos por las dos criaturas que dormían beatíficamente.

Sin saber el porqué, como en muchas cosas le ocurría, de pronto dijo Mike Kovalsk:

—Ojalá tuviese cien mil dólares.

Mary estaba nuevamente en la cocina, abriendo un grifo, y no le oyó. Al volver a salir, sentóse ella en el diván, dobló las piernas a un lado y dijo:

—Uf... Ya terminé. ¿Qué dijiste cuando abrí el grifo?

Meditó Kovalsk:

—Ah, ya recuerdo. Dije que ojalá tuviese cien mil dólares.

—¿Y qué haríamos con tanto dinero?

—No sé lo que haríamos, pero eso es lo de menos.

—¿Cómo, lo de menos?

—Quiero decir que siempre se puede hacer algo con ese dinero —y alzando el índice anunció gravemente—: Lo difícil es conseguir tanto dinero.

—Claro. Ya me doy cuenta que es necesario planear algo muy grande para conseguir tanto dinero.

—Con tanto dinero no tendrías que deslomarte en la cocina. Ni yo calentarme las suelas vestido de uniforme ni calentarme los cascos pensando en lo que se avecina.

Señaló la parte central de su esposa, ya bastante dilatada por el embarazo.

Rio ella:

—Todo se arreglará como siempre, Mike. Lo esencial es que te quiero cada día más. Porque eres noble, ingenuo y sano.

Poco después, ya acostada ella, Mike Kovalsk fue a buscar tabaco en un cajón. Encontró la hojilla de libreta en la que había escrito los números de teléfono.

Nada había dicho de aquello. Ni en comisaría, ni en el periódico, ni en la televisión.

Era como si aquella incursión repentina en la centralilla clandestina no hubiese tenido lugar nunca.

Y Mike Kovalsk, policía honrado, y según algunos estúpido, no era tan estúpido como para mencionarlo con nadie. Hablar de aquellos seis números telefónicos a su teniente, habría sido seguramente una torpeza.

Pero allí seguían los números.

¿Y si el secreto valía cien mil dólares?

* * *

En el hotel Lincoln informaron a Robin Baxter que su equipaje ya estaba en su habitación. Pero tenía un mensaje telefónico. Un número al que debía llamar.

Fue a la cabina del vestíbulo.

Una voz masculina contestó a su llamada.

—Habla Robin Baxter. ¿Quién es usted?

—Marvin.

—¿Luke Marvin?

—El mismo. ¿Le hablaron de mí en Harbor Point?

—Sé lo referente a usted —aseguró Baxter.

Y era cierto, Marvin era conocido. Un detective privado. Un experto en la temible ciencia electrónica. Las dos capacidades, combinadas, le hacían alguien importante.

Al teléfono, dijo Baxter:

—¿Sabe por qué estoy aquí?

—Sí.

—Necesito verle.

—¿Desde dónde llama?

—Cabina. Hotel.

—También estoy en una cabina.

—¿Por qué no en su piso?

—¿Mi piso? —y Marvin emitió una breve y áspera risa—. Mi teléfono está intervenido.

—¿Quién escucha?

—Tres polizontes. ¿Quiere sus nombres?

—¿Qué delito ha cometido usted?

—Ninguno. Pero no se fíen de mí. Ni yo de ellos.

Ahora mismo, uno de ellos está aparcado al otro lado de la calle. En un "Buick".

—¿Quiere que me ocupe de ello?

—Magnífico.

—¿De qué color es el coche?
—Negro. Dos puertas.
—¿Cuál es la dirección?
—Calle Moon, esquina East Side.
—¿Puede indicarme un buen restaurante?
—El del hotel es bueno.
—Bien. Quédese ahí unos cinco minutos más. Luego salga de la cabina y nos encontraremos aquí en el hotel. Nadie le seguirá.
—Así sea.
Baxter colgó. La guía local colgaba de una cadenilla a un lado de la cabina. Sobre su recia tapa había unas líneas en rojo:

EN CASO DE EMERGENCIA
Bomberos G I 4-202
Comisaría G I 4-100

Baxter llamó primero a Comisaría.
La cansina voz del sargento de guardia indicó que transmitiese lo que fuera brevemente a ser posible.
—Escuche... Dentro de diez minutos una bomba va a estallar dentro de un “Buick” negro. Calle Moon, esquina East Side. ¿Me oye?
—Le oigo Calle Moon, East Side... ¡Ey! ¿Cómo dijo?
—Una bomba.
Colgó Baxter. Se frotó el lóbulo de la oreja. Luego insertó otra moneda y marcó las letras y números del Departamento de Bomberos.
—Un coche incendiándose. “Buick” negro. Calle Moon, esquina East Side.
—¡Vamos allá! No se retire del lugar, ciudadano.
Denegó Baxter en silencio mientras colgaba. Atravesando el vestíbulo pasó al restaurante.
Era el único cliente a aquella hora. Se instaló en una esquina del bar. Y decidió seguir con “Brisas del Sur”.
Señaló al camarero un letrero impreso.
—¿Elecciones a la vista?
—Nada importante. Concejales.
—¿No tiene importancia?
—Para mí, no. Alguien gana y otro pierde. Pero yo sigo pagando los mismos impuestos.
Asintió Baxter, regresando a la contemplación del licor ambarino. Poco después alzó la vista. Vio a un hombre y una mujer que acababan de entrar en el comedor.

El hombre era bajo y macizo, con rostro de querube. Salvo los ojos. Demasiado pequeños y demasiado juntas al caballete de la nariz. Calculó Baxter que tendría unos cuarenta años, y su cabello rubio era casi albino.

La chica que iba con él era de mucho mejor ver; cualquier muchacha por comparación hubiera resultado agradable. Pero aquella sí que valía la pena.

También rubia, pero su figura era excepcional. Llevaba un vestido algo veraniego para la temporada, pero en ella lucía formidable. Sus piernas largas y esbeltas eran una delicia. Y tenía un modo de caminar que suscitaba deseos de silbar con entusiasmo.

Los recién llegados se aproximaron al mostrador. El hombre escrutaba al solitario bebedor.

—¿Baxter? —silabeó—. ¿Robin Baxter?

Asintió Baxter.

—Soy Luke Marvin. Mi hermana Gladys.

Baxter estrechó la mano que tendía Marvin. Pero miraba los ojazos de la muchacha. Y dijo:

—Vayamos a una mesa.

—Encargo la comida —dijo Marvin.

Baxter y Gladys fueron a sentarse.

—¿Estaba usted con su hermano cuando le hablé por teléfono?

—Sí. Hoy era mi día libre.

—¿Libre de qué?

Ella pestañeó, como si no estuviera acostumbrada a las preguntas tan directas. Luego replicó:

—Trabajo para el periódico.

—¿Haciendo qué?

—Chismes sociales. Consejos caseros. Me gradué en periodismo en la Universidad de Missouri.

Baxter la miraba fijamente. Preguntó:

—¿Alguien la siguió?

Gladys rio. Rio como si no estuviera muy segura de que tocaba reír. Pero su risa suscitó en Baxter un cosquilleo muy agradable.

Por fin dijo ella:

—Deje que Luke se lo cuente.

Luke Marvin vino a sentarse. Traía un *whisky* para él y una copa de vino blanco para Gladys.

Removiendo su licor en el vaso ante su nariz, dijo:

—Maniobró fenómeno.

—¿Tuvo pegas para venir?

—En absoluto. Aquel pobre polizone en el coche nunca había

visto tantos bomberos ni “polis” juntos en su vida. Le cayeron encima como una tonelada de ladrillos. Cuando lograron discutir con algo parecido a sentido común, ya estábamos tres manzanas lejos.

—Perfecto. Ahora cuénteme algo que valga la pena. Marvin alzó los hombros.

—Intervenir líneas es un negocio raro. Es mi negocio.

—¿Le hace ser un verdadero especialista en la cuestión?

—Pues sí. Soy el único compadre en la ciudad que tiene los tres requisitos. Técnica, equipo y licencia de detective. O sea que el trabajo no me falta.

—Trabajo ilegal.

—Trabajo legal —rectificó Marvin—. No ha de ser forzosamente poco honorable solo porque no sea realizado con una orden judicial.

Su entonación adquirió una cualidad de conferenciante.

—Este resulta ser uno de los estados donde es legal que un hombre injerte grabadora en su propio teléfono. Digamos que sospecho que mi adorada anda en malos pasos. ¿Dónde acudo? ¿A la policía? Ni el más necio lo hace. Iré a un privado. O a un abogado, quien a su vez recurrirá a un privado. Digo que quiero me coloquen un “oído-espía-repetidor” en mi teléfono. Así puedo enterarme de los tejemanejes de mi amada.

Intervino Gladys:

—¿Es legal y admisible ante un tribunal?

—Fue el propio Baxter el que replicó:

—Es rotundamente eficaz, si no correcto. Y todavía hay un aspecto peor. Supongamos que me acusan de asesinato. Alego no culpable. Me voy a casa, llamo a un abogado de confianza y por teléfono admito veladamente que soy culpable. Han intervenido mi teléfono. Hacen sonar la cinta grabadora ante el tribunal y la admiten como prueba en este Estado y en una docena más. Por más que sea una violación de la naturaleza confidencial del trato abogado-cliente. Lo pueden también hacer con doctor y paciente, marido y esposa, pastor y penitente.

—Cabal, cabal —sonrió Marvin—. ¿Dónde lo leyó, Baxter?

—Por aquí, por allá.

—Y quedan aún muchas zonas de acción particulares. Las compañías de seguros tratando de indagar la limpieza de una reclamación de pago... Un industrial deseando conocer el secreto de fabricación de un competidor.

Batió Gladys las pestañas.

—¿No puede denunciar la persona que adivine graban sus charlas telefónicas?

—Sí —ricura —asintió Marvin—. Digamos que hice intervenir mi línea porque sospecho de mi bienamada. De un modo u otro ella sospecha y acude a la policía. “Creo que mi teléfono está intervenido”. Los policías comprueban. ¿Y qué pueden hacer? Yo he dado mi permiso por escrito, por consiguiente, es legal. Puede que se incauten del equipo y amenacen al pobre privado que hizo la operación técnica. Puede también que vayan al dueño del teléfono y al privado y les digan: “Oigan, sabemos lo que están haciendo. También sabemos que es legal. Y si le decimos a la dama espiada lo que sucede, se irá al diablo lo que ustedes pretenden conseguir”. Unos se encogen de hombros. Otros pagan. Yo no pago. Por eso me tienen fila los polizontes.

—¿Tan maleados están aquí los funcionarios policiales?

—Aquí y en todas partes —afirmó Marvin.

—No. Yo conozco miles de policías decentes —rebatía Baxter.

—Yo no.

—Puedo asegurar que la mayoría de los policías son honrados.

—Pero son humanos. La paga es corta. Han de resistir muchas tentaciones. Un día se cansan. Ingresan en la comunidad de la vista gorda.

Robin Baxter volvió a meditar que Luke Marvin tenía los ojos demasiado juntos al afilado caballete de la nariz. Era una característica física. Pero instintivamente provocaba en Baxter repulsión.

Dijo secamente:

—Vamos al grano. ¿Por qué desea hablar conmigo? Luke Marvin le miró arqueando una ceja.

—Caramba... ¿es qué no lo sabe aún?

Baxter miró a Marvin. Luego a su atentísima hermana, y nuevamente al privado. Indiscutiblemente, mirar a Gladys compensaba mucho.

—Web Anders me dijo que entrase en contacto con usted.

—¿Se da cuenta? No hay nada que me despiste más que ayudar a los buenos compadres de la comisión criminal.

—Vamos, vamos, Luke. Soy ingenuo, pero no tanto.

—Bueno, entonces digámoslo de otro modo. No me llevó bien con la policía. Ni con la Compañía Telefónica.

—Ahí pifió.

—¿Cómo?

—No entiendo que tiene que ver la Telefónica.

—Sea legal, sea policía o privado el que haga el trabajo técnico, se topa con la compañía. Porque para eso ya tienen ellos sus técnicos y con orden firmada judicialmente.

—De acuerdo. O sea que no congenia usted con la policía. Ni se conlleva con la Telefónica. ¿Con quién más no se lleva bien?

—Don Duncan.

—Cacique de los transportes. Dicen que bajo mano gobierna el condado. ¿Alguien más, Marvin?

—James Fergus.

—El fiscal del condado —silabeó Baxter—. Delicioso. Soberbio. Estupendo. Le tienen inquina la policía, el fiscal, la Compañía Telefónica, y el sujeto mandamás del hampa. ¿Sabe lo que creo, Luke?

—Todavía no —y apuró Marvin su vaso—. ¿Qué cree?

—Que esta es una charla tipo cháchara, plática, tertulia.

—¿Lo cual significa qué, exactamente?

—Significa que no me ha dicho usted ni maldita la cosa que valga la pena.

—¿Qué no?

—No.

—Escuche, gran hombre —ironizó Marvin— ¿no se le ha ocurrido que ya corro un riesgo exhibiéndome por dónde está usted?

—Solo si me creyese su historieta de guardias y ladrones.

—¿No la cree?

—Todavía no sé. Es un juego distinto al que acostumbro a practicar. El modo en que siempre he jugado ese tipo de partida, ha sido mucho más sencillo para mis entendederas. Me han dicho algo que valía la pena y he empezado a contar hasta cien por billetes de a cinco.

—Hablando de billetes soy todo oídos, Baxter.

—Conforme. Puede contar con cincuenta dólares.

—No es bastante.

—¿Cuánto pretende?

—Doscientos.

—Le daré cincuenta ahora y cincuenta después. Si es que me vende algo que valga la pena.

—Puedo llevarle al sitio que la policía registró anteayer. Un nido con centralilla espía. ¿Qué le parece?

—Vale cien dólares de la comisión anticrimen.

—Ciento veinticinco.

Baxter miró fijamente al privado.

—¿Tanto valen veinticinco pavos, Luke?

—Según se miren. Que no despilfarre, vale. Que sea tacaño, no vale. Al fin y al cabo no es plata suya. Baxter. Se supone que usted paga por obtener información.

—De acuerdo. Usted gana.

Y miró Baxter a la muchacha. Pero Gladys ostentaba un semblante simulando perfectamente la indiferencia.

Dijo Marvin:

—Después, ¿por qué no invita a Gladys a cenar?

—Magnífico. ¿Qué tal le suena, Gladys?

—Estupendo —sonrió ella.

Los ojillos astutos de Luke Marvin vigilaban la cartera de Baxter.

—Nada de cheques, amigo. Soy un pobretón cándido. Los Bancos no confían en mí. Ni yo en ellos.

CAPÍTULO IV

Luke Marvin tenía una llave del piso. Un detalle que interesó a Baxter.

—¿Suyo el piso?

—Nanay.

—¿Dónde consiguió la llave?

—Pregunta usted más que un juez sordo, muchacho.

El equipo seguía en el piso, tal como estaba cuando la policía irrumpió en el lugar. Baxter miró en rededor y dijo:

—Parece como si alguien lo abandonó con prisas.

—Y tanto.

—¿Entraron los “polis”?

—Primero golpearon. En la puerta, claro.

Baxter se frotó la oreja.

—Nido de escucha. Así lo llamaban por Nueva York.

—Este montaje es todavía mejor que los neoyorquinos. Allí solo tenían una docena de intercomunicadores.

—¿Cuántos aquí?

—Dos. Pero supone cubrir la mitad de la ciudad y la totalidad del área circundante. El año pasado modernizaron el sistema, reduciéndolo a dos distritos. Dos intercomunicaciones. Gilmore 4, Crescent 5. Dos discos, GI y GR. Un número prefijo, tres sufijos. Esto aparca hasta el hipódromo fuera de la ciudad y la Gay Tavern de Don Duncan. Creo no es necesario le cuente quién es Don Duncan.

—No, por ahora no. ¿Qué más, señor técnico?

Luke Marvin empujó a un lado la contraventana y sacó la mano al exterior.

—Caja de cruces, blindada y acero, fuera de la ventana. Baja por el edificio hasta los pares sobrantes en el cable más cercano. La caja general de cambios está a tres puertas de distancia. Fenómeno.

—Por consiguiente, ¿significa que podían interceptar cualquier teléfono en Gilmore 4, o Crescent 5?

—Casi veinte mil teléfonos.

—Si no me engaño dijo usted que la policía ya registró este sitio.

—Lo hicieron.

—¿A quién se llevaron detenido?

—A nadie.

—¿Por qué?

—Pero, hombre, ¿a quién iban a detener? Se limitaron a cumplir con su deber. Dijeron: «Oigan, ya no más trucos por aquí, porque “papi” no lo quiere».

—¿Quién es “papi”?

—Si lo supiese usted, ya sabría por qué no hubo detenciones.

—¿Usted lo sabe?

—Nanay, chico. ¿No te molesta la confianza y el tuteo, Rob?

—Por ahora no, veterano. ¿Y cómo es que está enterado tan a fondo de todo eso?

Sonrió Marvin aviesamente.

—Tengo amigos.

—¿Dónde?

—En la Telefónica. Entre otros sitios. Voy a contarte algo gracioso. Cuando los “polis” consiguieron el chivatazo sobre este lugar, el chivatazo añadía que iban a encontrarme a mí, aquí. Creo haberte insinuado que no les soy simpático a los “polis”. O sea que vinieron con las del beri... y no me encontraron a mí. Sino a otro equipo. El Giants Yorks o similar, pero no al pequeñajo de Luke. Se sintieron todo resentidos los chicos.

Y Luke Marvin escupió en el suelo.

Recriminó Gladys:

—¡Luke! No seas cochino.

—Soy natural, hermana.

—Pregunta siguiente, Luke —especificó Baxter—. ¿Qué teléfonos en especial tenían conectados?

—¿Y yo qué sé? Te expuse ya que podían escuchar el teléfono que les diera la gana. Para eso está la centralilla esa de conexiones ramificadas.

Intervino Gladys:

—Pero, ¿cómo sabían ellos cuando alguien iba a hablar en la línea que a ellos les interesaba? Quiero decir, ¿si no estaban permanentemente a la escucha, cómo podían estar al tanto? ¿Se encendía algo?

—Los indicadores o trazadores. Eso que ves aquí. Graban y actúan cuando el teléfono que interesa es alzado de su horquilla.

Señaló el equipo de grabación en el suelo.

—Me apostaría la camisa que actúan a la voz.

—¿A la voz?

—Es mucho mejor. Si alguien sospecha que su línea está intervenida, cree salvarse limitándose a quitar el aparato de su horquilla, dejándolo fuera un buen rato, figurándose que así se

consume la cinta grabadora. Pero no con estos nenes.

Aplicó un puntapié en una de las grabadoras. Casi de forma cariñosa.

—Solamente funciona cuando una voz funciona. Y tienen carretes de quince horas.

Gladys objetó tercamente:

—Entonces, ¿para qué están los auriculares?

—Las chicas periodistas son charlatanas empedernidas —comentó Marvin. Le guiñó un ojo a Baxter—. También estuve mal inspirado el día en que acepté que mi hermana fuera periodista.

—Pero ella solamente se ocupa de chismes femeninos —dijo Baxter.

—Yo también, en ocasiones.

Gladys era perseverante:

—Si las máquinas graban las conversaciones automáticamente, ¿para qué necesitaban auriculares?

—La centralilla ya viene con auriculares, ricura —dijo Marvin—. Y quizá los muchachos se aburrían por aquí sentados, y de vez en cuando se dedicaban a escuchar.

Baxter miraba en torno. Preguntó:

—¿Dónde está el trasto?

—¿Cuál?

—No sé el nombre —y Baxter gesticuló moviendo los largos dedos como si fueran clavijas—. Lo que usan para matar el sonido o lo que sea, ¿y sabes? Para evitar que nadie pueda darse cuenta que están escuchando.

Luke Marvin le miró apenado.

—Caramba, chico, la electrónica no es tu fuerte. Ya no usan silenciadores. No los necesitan. Con este equipo nadie puede saber que su línea está interceptada. ¿Nos largamos?

Cuando abandonaron el piso, Robin Baxter tenía tres cosas en la mente. No necesariamente en orden de importancia, eran, librarse de Marvin, llevarse a Gladys, y telefonearle a Leroy, el redactor jefe.

Obtuvo cooperación. En la esquina, Luke Marvin dijo que tenía que ver a un cliente y rogó solemnemente a Baxter que procurase no equivocarse con Gladys.

Luego Gladys aguardó mientras Baxter desde una cabina telefoneaba a Leroy.

Así fue cómo aparecieron las primeras noticias en televisión a las siete y media de la tarde.

Todo el mundo en Sanderville oía el noticiario de la SANDX-TV. Todo el mundo incluidos el fiscal Fergus, el jefe de policía Steiner,

Don Duncan en el Gay Tavern... y Mike Kovalsk, el policía callejero.

Leroy era un periodista veterano. Colgó toda la responsabilidad de las noticias sobre la cabeza de Robin Baxter.

El locutor anunció:

“Esta información fue facilitada por Robin Baxter, ayudante principal de la comisión estatal anticrimen, que se encuentra ahora en Sanderville, alojado en el hotel Lincoln”.

Meditó Baxter que el último dato no era forzosamente necesario.

Oyó el noticiario mientras cenaban. Luego llevó a Gladys al cine. Pero cuando se hallaban ante la puerta de su piso y trató de entrar, ella se opuso, amable, pero firmemente.

—Realmente, no soy así en la primera cita.

—¿Cómo eres entonces en la segunda? —quiso saber él.

—Bueno, no soy precisamente inconvencible —y la sonrisa de Gladys era portentosa en sugerencias—. Estarás mañana por la noche en la ciudad, ¿verdad?

—Eso espero.

—Te llamaré al hotel, Robin.

Y cerró la puerta, sorda a toda llamada.

De regreso al hotel, encontró Baxter a un robusto individuo aproximadamente de su edad. Le aguardaba en el vestíbulo. Pero solamente se presentó en el ascensor automático. Sin ascensorista a aquella hora.

—Me llamo Kovalsk. Mike Kovalsk. Estas son mis credenciales.

—Agente patrullero. ¿Qué tal, Kovalsk?

—Quiero hablar con usted.

—A eso vamos.

En la habitación de Baxter, expuso Kovalsk que había oído el noticiario de las siete treinta y que poseía información.

—¿Por qué quiere informarme, Kovalsk?

—No estoy verdaderamente seguro de la razón. ¿Por qué acostumbran a dar información al personal de la comisión suya?

—Necesitan unos billetes extra, o son amigos nuestros, o le tienen rabia a alguien.

—Bueno, no sé... Ni siquiera sé si mi información tiene valor. No quiero decir valor dinero. Quiero significar valor informativo.

—Yo le aclararé la duda. ¿De qué se trata?

—Unos números de teléfono.

Y Kovalsk explicó lo sucedido mientras estuvo de guardia en el pasillo del apartamento invadido por la policía.

Baxter estaba de mal humor. Miró irritado al agente.

—Pero, ¿qué clase de loco temerario es usted para venir a contarme algo parecido?

Frunció Kovalsk las cejas con obstinación.

—Es la clase de cosa que uno necesita decir y confesarla a alguien.

—¿Se ha dado cuenta de lo que puede sucederle si ellos averiguan de dónde procede esta información?

—No me puse a pensar en esto. Me imaginé que sería bueno que usted lo supiera.

Baxter estudió por un instante las recias facciones de Kovalsk.

—¿Tiene esposa?

Cabeceó afirmativamente Kovalsk.

—¿Críos?

—Dos —y el agente se humedeció los labios—. Otro en camino.

Robin Baxter se frotó la oreja.

—¿Sabe lo que valen estos números?

—No.

—Unos veinte dólares.

—No quiero veinte dólares.

—Voy a darle doscientos.

—No quiero doscientos.

—Será mejor que los agarre.

—¿Por qué?

—Tiene en qué gastarlos.

—No pido caridad.

—Siga así y la pedirá, caray. Yo compro información. Pero, ¿sabe el verdadero motivo por el que se gana doscientos? Debido a mi escala medidora de valores. Eso es. Traté con un privado de ojillos de cerdo que tendía la pata y tuve que darle ciento veinticinco. Si no le diese a usted más, tendría dificultad en dormir esta noche.

—No me suena correcto, de todos modos —objetó Kovalsk—. No estoy muy seguro de haberle entendido bien, pero o bien tenía que guardarme la información para mí o dársela gratis. Pero a veces cuando uno se siente agobiado, se sale de sus casillas.

—Se acabó la charla, Mike. Tome. Esto es muy suyo.

Colocó Baxter los doscientos dólares enrollados en el bolsillo superior de la chaqueta de Mike Kovalsk.

Y durmió a fondo. Después de telefonar al *Daily News*.

Mientras desayunaba leyó la edición matinal del único periódico de Sanderville.

REVELACIONES SOBRE NIDO CLANDESTINO DE ESPIONAJE TELEFONICO

“Incurción de la policía. Amplitud de la maniobra clandestina”.

“Una incurción de la policía, mantenida hasta ahora en secreto, localizó el cuartel general de una operación ilegal de interceptación que grababa conversaciones de por lo menos seis teléfonos privados y pudo llegar a intervenir los aparatos telefónicos de media ciudad y toda el área metropolitana, según supo anoche el *Daily News*.

“Confrontado con esta abrumadora evidencia, el comisario jefe de Policía, Herb Steiner admitió que la incurción tuvo lugar el pasado viernes en un apartamento de la calle Potomac, 36, pero dijo que no se efectuaron detenciones. Añadió: «Intento llegar al fondo de esta asunto inmediatamente».

“Mientras, el *Daily* supo también que el equipo de grabación que quedó intacto cuando la policía irrumpió en el apartamento sorprendiendo a dos individuos que estaban supervisando la operación clandestina, podía ser conectado a cualquier número de las líneas Gilmore 4 y Crescent 5.

“El primer descubrimiento y revelación de este infamante nido de espionaje telefónico, fue obra de Robin Baxter, ayudante principal de la comisión privada estatal anticrimen, quien dijo que era el propósito de la comisión exponer esta clase de abuso a la atención del público.

“Baxter que llegó ayer a nuestra ciudad procedente de Harbor Point, también ha facilitado la lista de seis números telefónicos que estaban siendo intervenidos desde el nido clandestino.

“Una comprobación realizada por el *Daily* reveló que uno de los números descubiertos por Baxter pertenecía a Laura Holden, escultural cantante del Gay Tavern.

“Otros tres eran de despachos de los Laboratorios del Metal.

“Los restantes dos números eran de despachos de los agentes de Bolsa Noblom.

“Tanto la señorita Holden como el personal de gerencia de las dos empresas comerciales no logran explicarse por qué alguien deseaba oír sus conversaciones.

“Clem Simons, candidato a concejal en las venideras

elecciones que decidirán la balanza de poderes en el municipio, clasificó estas revelaciones como «una denuncia condenatoria demostrando la existencia del delito y el crimen en nuestra ciudad».

Robin Baxter al terminar de leer el artículo, lo consideró algo rimbombante y provinciano.

Pero muy satisfactorio para sus fines.

Publicidad gratuita. A favor de los más contra los menos.

CAPÍTULO V

También Don Duncan leyó el periódico mientras desayunaba confortablemente en su cama.

El desayuno le fue llevado en mesita rodante por un criado para todo lo que se presentase, llamado Raynes. El dormitorio de Duncan era amplio. La cama también era amplia y suntuosa.

Contrastaba con el resto del mobiliario, severo. Los cortinajes, pesados, tenían un sobrio color ámbar. Junto a la cabecera de la cama había una mesita de laca negra, cuya superficie estaba ocupada únicamente por tres teléfonos de distinto color: gris plata, verde esmeralda y rojo denso.

Resonó un zumbido y Duncan revestido de chaquetón de terciopelo negro sobre su pijama dorado de cuello ruso, alargó la mano para empuñar el aparato rojo pensó.

—¿Qué hay?

Escuchó unos instantes y ordenó:

—Tráelo.

Continuó desayunando y poco después unos nudillos daban tres toques discretos en la puerta.

Dijo Duncan:

—Adelante.

La puerta se abrió y Raynes entró escoltando a un individuo.

El visitante era Luke Marvin.

—¿Qué tal, Don?

Su redondo rostro y sus ojillos expresaban una obsequiosa admiración servil.

—¿Cómo te encuentras, Don? Tienes un magnífico aspecto esta mañana...

—¡Cierra la boca, maldita sea! —atajó Duncan—. Siéntate ahí. Me hablas cuando te haga preguntas.

Duncan se pasó una servilleta bordada por la boca.

—¿Qué clase de sujeto es ese Baxter?

—Una breva. Un cándido ambulante. Le dieron mi nombre en Harbor Point y sabe que en lo referente a conexiones y grabadoras soy el primero de todos.

—Para el carro. No eres el número uno. Eres el número seis o siete.

Marvin se humedeció los labios.

—Permíteme que discrepe. En mi terreno yo...

—En tu terreno eres el número seis o siete. Si tuvieran una clasificación mejor, haría tiempo que te hubieses largado de esta ciudad.

—Esta ciudad me trata la mar de bien —afirmó Marvin ofendido.

—Sigo conociendo otros que preferiría tener a mi servicio antes que a ti. Por ejemplo el fulano Turner, de Nueva York, pero no pude convencerle. O sea que tuve que conformarme contigo. Adquiriste un compromiso conmigo. Recuérдалo.

Marvin encendió un cigarrillo y miró en rededor buscando un cenicero.

—Métete la cerilla en el bolsillo —dijo Duncan.

El detective privado obedeció apresurado. Su rostro era un compendio de mortificación y temor.

—Las cenizas también —agregó Duncan—. O sea que Baxter se puso en contacto con el periódico, ¿eh?

—Cabal, cabal. Tal como tú mismo calculaste de antemano.

—¿Le llevaste al piso?

—Tal como me dijiste.

Agitó Duncan un índice en amonestación.

—Tenías un triunfo que me escondiste, bribón. No me dijiste que conocías los números que eran espiados.

—No sé cómo pudo descubrirlo Baxter.

—¿No, de veras?

—Como hay infierno, que no te miento, Don. Debíó averiguarlo en algún sitio, pero no por mi conducto.

—¿Quieres que me lo crea?

—Te juro que de veras no sabía cuáles eran los teléfonos con escucha grabadora.

Duncan se miró las uñas.

—El policía que nos contó sobre la incursión... dijo que los números estaban inscritos en la centralilla, sobre las clavijas correspondientes.

Asintió Marvin. Parecía agitado, inquieto.

—Alguien retiró las inscripciones antes que pudiera yo entrar en el piso. Como hay infierno, que no te miento, Don.

Pensativo masculló Duncan:

—El teléfono de Laura Holden... Deberíamos charlar con ella sobre este asunto.

—Tú puedes charlar con ella. Conmigo no quiere ni hablar del tiempo.

—De acuerdo. Oye, ese sujeto Baxter... ¿Tiene pupila?

—La emplea al máximo, pero es tierno y joven. Apenas unos treinta. Cándido con ganas. Siempre estaba esperando que de un momento a otro me explicase que se puede hacer una fogata frotando dos trozos de madera uno contra otro.

—Se puede, si uno de ellos es un fósforo.

Echó una ojeada rápida a Marvin.

—Ahora te tocaba reír diciendo: “Je, je, este chiste sí que es de los buenos, jefe”. ¿Qué te pasa hoy?

—Me escarbo las meninges pensando que ningún hombre trabaja para una asociación idealista como lo es la comisión anticrimen sin que tenga una razón incomprensible. Incomprensible para mí.

—Quizá sea un áspero individualista —catalogó Duncan— o bien uno de esos raros ejemplares llamados hombre honrado.

—Quizá. Pero todos tenemos debilidades. Con ese Baxter creo que di en la diana de su debilidad.

—¿Dinero en grande?

—Mujeres.

—Ya... ¿le presentaste a Gladys?

—Desde un principio.

—¿Ella le gustó?

—Un rato largo.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Se le encendieron los ojos.

—Bien, bien, bien... ¿No estará casado Baxter?

—No.

Y Marvin resignado sacudió las cenizas de su Camel en el bolsillo de su americana, antes de añadir:

—Estuvo casado. Con una cantante.

—Todo hombre tiene marcado su destino o su andadura —dijo Duncan filosóficamente—. La gente no capta que existe un elemento de preferencia y escogimiento en cada fulano.

—No te entiendo, y eso que me he leído algún libro.

—¿Cuál? Sería siempre el mismo. ¿Ves tú? Tampoco tú captas ese elemento.

—Lo de escogimiento es lo que no asimilo.

—Cada hombre está limitado. Mi teoría es que se limita a dos cosas. Dos de las siguientes: dinero, licor, mujeres, caballos, honradez, caza y póquer. Contigo es dinero y póquer. Conmigo dinero y caballos. Con Baxter, honradez y mujeres. He meditado mucho esta cuestión. Y ningún fulano tiene una constitución que le

capacite para más de dos de esas cosas a la vez.

Meditó Marvin un instante.

—¿Y qué hay de la pesca y el golf?

—Esas son categorías secundarias. De pancistas. Bien, bien, bien... O sea que le gustó Gladys.

—Mucho. Les dejé juntos para que fuesen a cenar. La llevó a su piso antes de la medianoche.

—¿Entró?

—No, no. Ella cumplió lo acordado. Anoche fue simplemente tentadora y prometedora.

—¿Qué le dijo ella que hacía para ganarse la manduca?

—Escribir chismes femeninos para el periódico.

Removió Duncan los recios hombros.

—Eso sí que fue una verdadera estupidez. Todo lo que tiene que hacer Baxter es telefonear al periódico... y se pasa la mitad del día haciéndolo... y ya estás metido en lío.

—Nanay.

Marvin se palmoteó la frente.

—Has de darle a Luke la calidad que Luke tiene. Calculé... Primero, es tan fácil comprobar algo así que no pensará en comprobarlo. Segundo, si le dicen que no trabaja en el periódico, Baxter sumará dos y dos, sacando lógicamente el resultado de que trabaja con seudónimo, ya que es hermana mía y el apellido pregonado me perjudicaría en mi profesión. Tercero, si la cosa llega a un callejón sin salida, ella siempre podrá decirle que no le contó lo que realmente hace para ganarse la vida, porque le daba vergüenza.

—También me la daría hasta a mí.

—Oye, cuidado, hombre. Es mi hermana, caramba.

—Vamos, vamos, que no soy ningún lirio... Le amañaste papeles falsos cuando la sacaste del reformatorio. Otra triquiñuela tuya que no me contaste, perillán. Mi hermana Gladys, por aquí, mi hermana Gladys por allá... Valiente pareja.

—Es que así, la relación nos daba cierta dignidad.

—Para los ciegos y sordos, quizá.

—Bueno, al fin y al cabo fue idea tuya echarle a Gladys encima a Baxter. Supongo que no lo has olvidado, Don.

—Claro que no. Ya te remaché lo que intentamos hacer con Baxter.

—Neutralizarle, sea cual sea el significado que eso renga.

Luke Marvin estaba inquietamente consciente del gran acortamiento de su pitillo.

Añadió:

—Deseas que Baxter haga todo el ruido posible sobre los teléfonos intervenidos. Dijiste que no traería consecuencias. No sé... ¿Qué pasa si la legislatura federal se interesa en el jaleo?

Alzó Duncan las cejas despectivamente.

—Déjales. Investigarán y la policía local les dirá que enchivatar teléfonos es esencial para la buena marcha de la represión de la delincuencia... Y todos tan campantes.

—Entonces, ¿cuál es el truco? ¿Cuál es la razón para irle dando coba a Baxter?

—Lee el periódico de la mañana. Ahí está la respuesta.

—Lo he leído. Está repleto con el asunto de los teléfonos.

—Te has ganado un aprobado y una estampita, Luke. Repleto con el asunto de teléfonos, has dicho tú mismo. Así se aparta el pensamiento de la gente de otras cosas.

—¿Cómo por ejemplo...?

—Como por ejemplo del asunto de quién mató al juez Douglas.

* * *

—¿Quién mató al juez Douglas? —le preguntó Robin Baxter al espejo mientras se afeitaba.

El rostro en el espejo contestó:

—No es asunto de tu incumbencia, talento. Tienes otros problemas. Incluido el amor.

—Amor, amor —canturreó Baxter—. A cualquier cosa le llamas tú amor.

—Bueno, la chica está imponente —le afirmó Baxter al espejo—. Veremos qué tal se da esta noche.

El teléfono repicó por tercera vez en aquella ajetreada mañana. Primero fue un hombre que dijo llamarse James Fergus, fiscal del condado, que deseaba cooperar en un ciento por ciento con la comisión estatal anticrimen.

Luego fue Clem Simons quien anunció que era el candidato a concejal y quería cooperar en un ciento por ciento con la comisión estatal anticrimen.

—Este será el tercer embustero —se dijo Baxter, yendo a empuñar el aparato.

Era una mujer.

La voz que ahora oía Baxter era agradable, pero no era la de Gladys.

—¿Robin Baxter?

—Yo soy.

—Por fin logro comunicar con usted. En la televisión dijeron que se hospedaba en el Lincoln.

Se frotó Baxter la oreja.

—Y aquí estoy. ¿Quién es usted?

—Laura Holden.

—¿La que salió en la relación de teléfonos intervenidos?

—Esta es la razón por la que quiero hablar con usted.

—Muy bien si es que hay algo que pueda usted decirme que valga la pena. Pero yo nada puedo contarle. No sé más que usted.

Hubo silencio al otro terminal, y agregó Baxter:

—Es más, no quiero saber nada.

—De acuerdo. Lo siento.

—No veo por qué ha de sentirlo —dijo Baxter ásperamente.

—Pensé que usted podía ayudarme.

—No puedo. Me estoy quedando limpio. Si vuelvo a pagar por más chismes de esta ciudad tendría que telegrafiar a mi abuelita pidiéndole más fondos.

—Pero, ¿de qué está hablando? —dijo Laura Holden—. Le llamé en petición de ayuda, no de dinero.

—No sé qué clase de ayuda pueda yo darle.

—Nadie más puede.

—No exagere, mujer.

—Digamos que nadie más quiere. La policía me preguntó una serie de cosas estúpidas y los fotógrafos querían sacarme poses en salto de cama.

—Es lo lógico, ¿no? Tengo entendido que es usted un rato escalofriante.

De nuevo el silencio alentó al otro extremo.

Trató Baxter de olvidar a su primera esposa.

—Escuche, linda...

—Laura, si le es igual.

—Me es completamente igual, Laura. Escuche, linda, no es costumbre de la comisión que represento abordar los temas sobre una base personal. Estamos interesados en proclamar que su teléfono fue intervenido pero pudo ser el de cualquier otra persona. Lo que nos importa es la parte de espionaje indebido, no a quién ni el porqué.

La voz llamada Laura dijo:

—Entonces, ¿por qué le habló al periódico de mí?

—No lo hice. Di los números que habían sido interceptados, pero no sabía quiénes eran los propietarios.

—Pero seguro que Duncan sí que lo sabía —dijo ella.

Lo dijo de un modo que no era por completo dirigido a Baxter, pero este sintióse repentinamente interesado, y a la vez colérico por no haber pensado en ello antes.

—Usted trabaja para él, ¿no?

—Canto en el Gay Tavern.

—Equivale.

—No le entiendo.

—Equivale a lo mismo. Usted trabaja para Duncan, ¿no?

—Por lo visto usted no le conoce bien.

—No le conozco de nada.

—No es una expresión agradable decirle a alguien que trabaja para Duncan —y Laura Holden hizo énfasis en la palabra trabajar—. Todo lo que hago es simplemente cantar en su local.

—¿Firma Duncan su cheque de salario?

—Claro.

Iba Baxter a emitir una estúpida crudeza dirigida no precisamente a la chica al teléfono, sino a las cantantes en general, que eran sus enemigas naturales desde su divorcio.

Se contuvo a tiempo y preguntó:

—¿Puede presentarme a Duncan?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche si quiere.

—¿En el parador? ¿El Gay Tavern?

—De acuerdo —dijo ella. Hubo una pausa y luego indagó—: ¿No quiere ayudarme?

—No sé que puedo yo hacer. Bien, al diablo con las reticencias. ¿Dónde está ahora?

—En casa —y le dio la dirección.

—¿Cuánto tiempo estará ahí?

—Un par de horas.

—Voy allá. Así podrá explicarme de qué se trata.

Algo en la tonalidad masculina hizo que ella dijese secamente:

—¿Está seguro que no le fastidia venir?

—No estoy seguro, pero de momento no tengo otra cosa que hacer.

Tras colgar, marcó número para larga distancia, y comunicó con Web Anders en Harbor Point.

Anders abordó directamente el caso:

—¿Has hablado con Fergus?

—¿El fiscal? —y Baxter se frotó la oreja—. Todavía no. Me llamó.

Me dijo lo feliz que estaba con la visita de alguien de nuestra comisión.

—Vete con cuidado. Los fiscales se las traen en lata. Aquí han publicado algo sobre el asunto números espiados. Hablaron de cierta damisela que canta en el local de Duncan.

—Tengo que ir ahora a hablar con ella.

—¿Qué hay de Luke Marvin?

—Parece muy ansioso de colaborar. Le conocí anoche. Parece tener un rato de talento e esta clase de técnica.

—¿Qué más tiene?

—Una hermana.

—¿Fea y canosa?

—Rubia y despampanante. Trabaja para el periódico.

—Tasca un poco el freno, potro. Dos días. Dos damiselas.

—La que canta solamente me servirá para presentarme a Duncan.

—Duncan y yo somos viejos conocidos. Tuve que darle la lata cuando trataron de deportarle. Si piensas ir al Gay Tavern, elige una mesa esquinada y te ciñes un chaleco a prueba de bala, por si acaso.

—Sus consejos me confortan, patrón. ¿Algo más?

—Cuídate. No vayas a resfriarte. Perderías el olfato. Y sería una pena.

—¿Por qué?

—Hay ilusos que aseguran que eres un buen sabueso.

—¿Y usted ya no conserva ninguna ilusión o qué?

—Alguna que otra. Por ejemplo una... Pese a tu aspecto de bruto guapo y antipático, eres decente y buena persona. Hasta otra, Robin. Y ojo... En las tinieblas por dónde andas, el primer plomo que se pierda se lo encajan al intruso: tú.

CAPÍTULO VI

En el taxi que le llevaba a la dirección dada por Laura Holden, pensó que la llamada que esperaba era la de Gladys.

Recordó la película que habían visto. Una del Oeste con su héroe solitario cabalgando en la ciudad tenebrosa.

Robin Baxter no se dejaba transportar fácilmente por la imaginación, pero no le resultó difícil transferir el papel del héroe de la película a su actual actividad en la vida real.

Cierto que no entró a caballo en la ciudad. Llegó prosaicamente en el tren procedente de Harbor Point. Pero había venido a ayudar a los perjudicados, y se iría como vino, solo.

O en una caja de pino.

La casa donde vivía Laura Holden se hallaba en una calle tranquila, apartada del centro de la ciudad. Tenía tres plantas. En el zaguán había buzones con timbres de aviso.

Baxter pulsó el botón sobre el buzón marcado HOLDEN — CASSEL.

Un zumbido en respuesta soltó el pestillo de la puerta interior. Al subir el primer tramo vio a la muchacha mirando hacia abajo desde el rellano del segundo.

—Hola. ¿Laura Holden?

—¿Robin Baxter? Suba.

Llevaba ella un pañuelo esponjoso a modo de turbante, un jersey verde y pantalones de pana ámbar. Calzaba sandalias. Sin tacón.

Por esto cuando alcanzó el segundo rellano parecía que la estaba mirando desde una gran altura. Pero en realidad, calculó que debía medir metro setenta.

Su semblante, excepto el alargamiento de párpados, estaba sin maquillar. Un semblante juvenil y limpio. El jersey era viejo y flotante. No daba una pista exacta sobre sus líneas.

Y su cabello estaba arropado en el pañuelo secador.

—¿Es usted rubia o morena?

—Rubia. Naturalmente.

—¿Naturalmente de natural o de lógico tinte?

Manteniendo abierta la puerta dijo ella:

—¿No lleva tirolés? Me creí que todos los detectives llevaban sombrero.

—No soy detective.

—Ah... En el periódico decían...

—Solamente que trabajaba para la comisión anticrimen.

—¿No es lo mismo que ser detective?

—Solo a veces y nunca oficialmente. Antes, fui polizonte.

Miró en torno del *living*. A la izquierda unos peldaños llevaban al área comedor y a la entrada de una diminuta cocina. A la derecha, dos puertas. La sección dormitorios, cuarto de baño.

Preguntó Baxter:

—¿Dónde está Cassel?

—¿Quién?

—El Cassel del buzón.

—Ah... Quiere decir Bridget.

—¿Bridget?

—Mi compañera de aposento.

—¿Dónde está?

—Fuera. Trabaja.

—¿Dónde?

—¿Acaso le importa?

—Sí.

Laura Holden sentóse en el diván frente a él.

—Bridget trabaja en el periódico.

Baxter se llevó la diestra al lóbulo izquierdo, frotándolo.

—Esta es la ciudad más periodística con la que he topado. Una población de cuatro mil quinientos y de cada dos mujeres una trabaja en este papel de dos hojas.

—¿De cada dos, una...?

—¿Qué hace Bridget? ¿Noticiario femenino? ¿Recetas de cocina? ¿Se graduó en la Escuela de Missouri?

Laura Holden le contemplaba, perpleja.

—Ella es la anunciadora. Ya sabe... Cuando alguien tiene una casa por alquilar, o un pariente difunto, o quiere vender un coche o una lavadora. Este es el departamento de Bridget.

—Ya. ¿Tiene algo para beber?

—¿A esta hora de la mañana?

—No voy a beber solo.

—Entonces no beberá.

Sonrió Baxter agriamente.

—Usted gana. Solo era un sondeo.

Seguía ella estudiándole, intrigada.

—¿No quiere saber dónde está el teléfono?

—No. ¿Para qué?

—Yo pensé...

—Mal hecho. No piense en exceso. No habrá nada por ver salvo un teléfono. Suponiendo que tenga el suyo.

—Claro que lo tengo.

—Esta es una casa de apartamentos por meses. Algunas tienen teléfono público en el vestíbulo. Pero no es un caso, claro. El teléfono está a su nombre en el listín.

—No estamos haciendo muchos progresos, me parece.

—No muchos, aparte que ya sé que no bebe por la mañana.

Levantándose del sillón fue Baxter hacia un atril contra cuyo pedestal se apoyaba una guitarra. Hojeó las partituras en el atril.

—Melodías del folk para guitarra —comentó—. Algunas las conozco. Con partitura para guitarra, puede tocar el piano.

—Magnífico —dijo ella—. Si trae el piano podemos ensayar un concierto.

—Otra vez será. ¿Casada?

—No.

—¿Divorciada?

—Menos.

—¿Qué edad tiene?

Laura Holden se levantó y fue hacia la ventana. Volviéndose, miró ceñuda a Baxter.

—¿Para qué quiere saber mi edad?

—Usted fue la que me pidió que la ayudase. Yo pregunto. Usted contesta. Si quiere.

—Bien. Cumplí hace poco los veintiséis.

—¿Tiene novio serio?

—No del todo.

—¿Cómo lo interpreto?

—Es aspirante a novio solamente.

—¿Se llama...?

—Clem Simons. No le conoce.

—Hay un Clem Simons, presentándose para concejal.

—Es el mismo.

—¿Le telefonea mucho?

—Bastante.

—¿Conversaciones picantes?

Laura Holden iba a replicar algo incorrecto. Se mordió los labios nerviosamente.

Luego esbozó una sonrisa.

—Bien se ve que no conoce a Clem.

—Ni tampoco a usted. ¿Tiene dinero?

—¿Quién, por favor?

—Usted.

—No mucho. Lo suficiente para cubrir cada semana.

—¿Nadie ha intentado hacerla chantaje?

—No. Nadie.

—¿Existe alguien que pueda averiguar algo importante interceptando su línea?

—No lo sé.

—¿Qué pasa con Duncan?

—Me deja en paz.

—¿Qué edad tiene Cassel?

—¿Quién?

—Bridget. Su compañera de aposento.

—Treinta y dos, treinta y cinco. No lo sé con certeza.

—¿Casada?

—Separada.

—¿Trata de obtener un divorcio?

—Eso creo. ¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Porque ella no está aquí. ¿Qué quiere significar con “no lo sé”?

Le miró ella dilatando los ojos.

Especificó Baxter:

—Hace apenas un minuto le pregunté si alguien... algún fulano, alguno de los mantenedores en perspectiva, alguien... podría tener algún motivo para interceptar su línea y usted dijo: “No lo sé”.

—No quise significar nada con eso.

Los ojos tenían destellos furiosos.

—Dije “no lo sé” en el sentido de que no conozco razón alguna. Ninguna en absoluto. Y no me gusta esta palabra.

—¿Cuál de ellas?

—Mantenedor. Yo trabajo para mantenerme. ¿Se le ocurrió pensarlo?

—Pues sí. Me ocurrió. Una vez me casé con una de su clase. No duró.

—Ah, ya... Una de mi clase. Conoce todo sobre las de mi clase, ¿no?

—Canta en un cabaret. ¿De acuerdo?

—¿Y qué?

—Entonces no me diga que no conozco a las de su clase.

Se aproximó ella.

—Voy a decirle algo sobre mi clase. Si alguien me insulta en este cabaret donde trabajo, le echan fuera.

—Solo si está borracho perdido.

—Porque no hablan así cuando están sobrios.

—Yo sí.

Dio ella dos pasos y su diestra surcó el aire. Encajó Baxter el primer bofetón acompañándolo ladeándose.

Luego esquivó el revés.

Laura Holden estaba próxima a estallar en llantina de rabieta.

—¡Fuera! Salga de aquí.

Baxter se levantó.

—Vine porque me lo pidió.

—No pedí que me insultase. Quería saber lo sucedido con mi teléfono. No le pedí que me hablase de las de mi clase.

Yendo hacia la puerta, afirmó Baxter:

—Las de su clase se exponen a tener sus líneas intervenidas.

—Gracias. Me ha aclarado usted muchas cosas.

En la puerta se detuvo Baxter.

—Solo que en su caso, diría que hay diez probabilidades contra una de que averigüe usted que Bridget Cassel anda buscando obtener una pensión de su marido, y él habrá pagado un privado para que colocase una grabadora en su teléfono... que resulta ser el que está en el listín a nombre de usted.

Escuchaba con atención, casi olvidada su rabieta.

—También cabe la posibilidad de que hayan espiado su línea para conseguir algo contra ese tal Clem Simons, pero lo más normal en tal caso sería que espiasen el teléfono de Simons. ¿Comprendido todo?

Ella, abiertos al máximo los ojos, cabeceó asintiendo.

—Y esta noche —añadió Baxter— me agradecería ir al Gay Tavern de modo que usted pueda presentarme a Don Duncan.

—No puedo impedírselo —replicó ella con voz baja—. Este es un país libre.

—Muy libre. En cualquier sitio puede uno recibir tortazos.

De regreso al hotel, en su cajetín llavero, encontró una nota. Gladys había llamado. Volvería a llamar... y sobre todo que él no la llamase.

Subiendo en el ascensor, se dijo a sí mismo: “Gladys está asustada. Y el héroe tiene que hacer algo para que esté menos asustada. Para eso está el héroe aquí. Para tranquilizar doncellas asustadas. Al diablo con los teléfonos ramificados”.

Al salir del ascensor pensó que tenía suerte. Llevaba veinte horas en Sanderville, removiendo tinieblas, y tan solo había recibido un bofetón.

Abrió la puerta de su cuarto.

En un movimiento de bien entrenado reflejo, resto de su

aprendizaje como policía, viró incluyendo hombro y cabeza esquivando al hombre que aguardaba a su izquierda.

Pero había dos esperando en las tinieblas.

El otro le golpeó en la cabeza con algo pesado y duro.

Penetró de bruces en las tinieblas reales.

Y vagamente en el momento anterior a dejar de pensar por completo, meditó que por lo menos cuando golpeaba, Laura Holden era toda una dama.

CAPÍTULO VII

Aún inmerso en las tinieblas, pensó Baxter que en las policíacas el protagonista siempre volvía en sí para hallarse a solas en una habitación.

A solas relativamente. Porque había también una mujer muerta, escasamente vestida, y el protagonista empuñaba una pistola humeante.

Robin Baxter despertó del todo para encontrarse totalmente a solas en su cuarto, sin nada en las manos. Y lo que le había despertado era el teléfono.

Estaba teniendo empacho de teléfonos.

Un lado de su cabeza palpitaba caluroso más bien que dolorido.

Logró llegar al lado de la cama y sentándose empuñó el aparato que había sonado ya tres veces más.

Dijo solamente:

—Hola.

—¿Rob? Gladys.

—Ah.

—Hola, guapo.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro. Bueno, no del todo. ¿Dormías una siesta, Rob?

—Más o menos.

—Te noto frío. ¿Te pasa algo, Rob?

—Se me pasó la hora de la comida.

—Oh, vaya... ¿Estás de mal humor?

—Algo.

Hablar le costaba un esfuerzo. Sentado con el auricular pegado al oído, apreció la fisiológica diferencia entre la mente y el cráneo.

Su mente estaba despejada. Su cráneo campanilleaba sordamente.

—¡Aló, aló! ¿Estás ahí, Rob?

—¿Dónde voy a estar, mujer? Por cierto, esta noche tengo que charlar con un tipo en el Gay Tavern.

—Oh... ¿Sin mí?

—¡Caray, no!

La exclamación por duplicado le produjo una crispación facial.

—Contigo, chata. ¿Dónde te recojo? ¿Cuándo?

—Será mejor que no vengas a buscarme. Podemos encontrarnos

allá mismo. Luke me llevará.

—Bien. De acuerdo. ¿Cómo está Luke?

—Estupendo. ¿A qué hora?

—No sé. Algo tarde de modo que pueda tener mi entrevista ya despachada. ¿Las diez es demasiado tarde?

—Depende de tus planes para el resto de la noche.

Ella le estaba lanzando la pelota. La atrapó al vuelo.

—Para lo que tengo planeado, viene bien que nos veamos a las diez. Fíjate hasta la madrugada... ¿eh?

—Esperaba que dijeras eso —susurró Gladys melodiosa—. Hasta luego, guapo.

—“Chiao”, chata.

Besó Baxter la boquilla, colgó, y se pasó la manga por los labios. Estaba atontado. Besar un trasto donde cientos de viajeros depositaban sus alientos.

Permaneció sentado acariciándose la cabeza. Luego volvió a empuñar el aparato y solicitó el servicio de habitaciones.

—Jefe de camareros al habla, señor. Dígame.

—Un cubo de hielo.

—Sí, señor. Un cubo de hielo. ¿Picado y con bebidas para dos?

—No.

—¿Para uno?

—No.

—¿Solo hielo?

—Exacto. Y en trozos.

—Hielo —y la voz era severa—. Veremos a ver, señor.

Suspiró Baxter.

—Y un frasco de “Bourbon” de tres raciones. “Brisas del Sur”. Una copa. Mucho hielo en trozos que puedan cogerse con una mano.

—Inmediatamente, señor.

Colgó volviendo a palparse amorosamente la cabeza. Para compensar el zumbido bajo su cuero cabelludo, deslizó una moneda en la radio empotrada en la pared. “Melodías” decía un cartelito entre varios.

Pulsó el botón bajo “Melodías”.

El altavoz emitió los últimos compases de un vals de violines. Un cantante de voz pastosa y aterciopelada cantó:

“Nadie vio nunca un cielo tan azul,
nunca aspiró nadie una brisa tan pulida,
hasta no llegar en primavera a Sanderville

donde hallará una grata bienvenida”.

—Madre mía —gimió Baxter—. Esta maldita ciudad hasta tiene su canción *slogan*.

“Usted no oyó cantar al ruiñeñor,
ni conoció un verdadero amor,
hasta estar en Sanderville en primavera,
y ver los cerezos en flor”.

—Horroroso. Ahora me soltará lo del puente sobré el río.

“Nunca conoció un lugar tan gentil
ni una brisa de aroma tan sutil
como la que en Sanderville impera
cuando florece la primavera”.

Hubo un intermedio de arpas melifluas. Llamare: a la puerta. Baxter fue a abrir y entró el camarero Un hombre mustio, tétrico, Preguntó Baxter:

—¿Nativo de aquí?

—Hace ya cincuenta y seis años —especificó quejumbroso el camarero de pisos.

—Están interpretando su canción nativa.

El camarero escuchó. Su rostro se iluminó mientras depositaba la bandeja sobre la mesa.

—Es uno de nuestros mozos. Pat, el policía cantante.

—Era de suponer.

Y Baxter entregó un dólar de propina. Una compensación por los cincuenta y seis años escuchando aquella canción.

A solas se apretó un pedazo de hielo sobre el cráneo y bebió un poco de *whisky* seco.

Fuera hacía frío y había un brillo sugerente de nieve.

—Primavera en Sanderville —masculló.

El teléfono se puso a tintinear.

Esta vez se trataba de James Fergus, el fiscal del condado.

—¿Qué tal, Rob? ¿Es correcto que le llame Rob?

—Magnífico.

—Puede llamarme Jim —concedió Fergus.

—Gracias, Jim.

—Me agradaría charlar con usted, Rob.

—Cuando quiera, Jim.

—Y también los del Gran Jurado.

—¿Cuál?

—El mío, el de esta ciudad. Sí... Estamos interésalos en saber todo cuanto sabe usted acerca de... aquella incursión policíaca.

—Todo cuanto sé ya salió esta mañana en el periódico.

—Entonces no le importará contarle al jurado, ¿verdad?

—Verdad.

—También me gustaría saber por qué no acudió a verme, a mí o a la policía, en vez de ir al periódico.

—¿A la policía? Fueron ellos precisamente los que hicieron la incursión de registro.

—Yo no supe nada de esto —y la voz del fiscal sonaba a recriminación—. Y se supone que soy el fiscal público.

—¿Habló con su jefe de policía?

—Estaba en Spring Lake presenciando la boda de su hija.

—Cierto, lo Leí en el periódico.

Un repentino recelo le invadió. Había algo referente al periódico. Algo que tenía relación con otra cosa que no eran los teléfonos y que no podía descubrir de qué se trataba.

La voz autoritaria, pero campechana del fiscal manifestaba en su oído:

—¿Siempre opera usted así? Quiero decir, públicamente. Solo es curiosidad, Rob.

—Operar ante el público y para el público, esta es la misión de nuestra organización compuesta por ciudadanos amantes de la justicia.

—Muy encomiable. Pero resulta que yo soy representante de la justicia, ¿sabe, Rob?

—Jim. Esta tarde le noto algo distinto. Esta mañana cuando llamó, usted quería cooperar en un ciento por ciento.

—Y sigo igual, Rob. Sigo igual. El propósito de esta llamada de ahora es simplemente saber si usted quiere cooperar conmigo.

El fiscal silabeó espaciadamente “usted” y “conmigo”.

—Le diré cuanto sepa.

—¿Al jurado también?

—También.

—Nos agradecería conocer la fuente de su información también. Si quiere ahorrarse tiempo, puede decírmelo ahora, si le place.

—No me place.

—¿No? ¿Por qué?

—¿Qué ventaja reportaría que usted lo supiera?

—No estoy hablando de *mi* ventaja, Rob. Pero el jurado posiblemente le hará esta pregunta. Ya sabe cómo va la cosa.

—Sé que el jurado pregunta lo que el fiscal les dice que pregunten.

—Hombre, hombre —y la voz del fiscal era risueña—. Yo no diría tanto. En este estado tenemos una ley especificando que ningún periodista tiene que revelar la fuente de su información.

—Es una ley excelente.

—Lo es. Pero esta ley no tiene aplicación para el personal de la comisión anticrimen.

Canturreó Baxter al teléfono:

—Es primavera en Sanderville. Y el fiscal salió de pesca.

—Hombre, hombre... No es preciso que nos pongamos impertinentes. La sangre no llegará al río. Congeniamos perfectamente usted y yo, Rob. Después de todo, ambos estamos del mismo lado de la trinchera en esta guerrilla.

—Bueno es saberlo. Y puesto que nos estamos jurando una lealtad imperecedera, no vendría mal que les dijese a los del jurado que unos ciudadanos de esta urbe primaveral me dieron con una porra de caucho en toda la cresta este mediodía.

—¿Cómo? ¿Bromea?

—Nunca admito bromas con mi integridad física.

—¿Dónde ocurrió?

—Aquí, en mi cuarto. Abrí la puerta y, ¡zas!

—¿Quién era?

—No pude preguntárselo. No me dio tiempo.

—Desearía que me diese una descripción, Rob.

—Me entró soponcio. El tipo me quitó el sentido. Por cierto eran dos. Trabajaban al alimón. A diestro y siniestro.

—Ojalá me lo hubiera usted dicho inmediatamente apenas cogió el teléfono.

—¿Por qué?

—Bien, es que entonces le habría sugerido lo que ahora, de todos modos, voy a sugerirle. Escuche, Rob... Les diré a los componentes del jurado que usted no sabe nada más que lo que ya dijo a Leroy y, ¡qué diablos!... Ya realizó usted su trabajo. ¿Por qué no toma el tren de retorno antes que alguien se ponga de verdad agresivo? Hay muchachos por esta ciudad que no tienen escrúpulos y alguien no está nada contento con su estancia aquí.

—Eso sí que me lo creo por completo, sin reservas.

—Le diré lo que vamos a hacer, Rob —propuso cordialmente el fiscal Fergus—. Le enviaré un coche a recogerle al hotel. Le llevaré a la estación y tendrá todo el trayecto protección policial. Hay un tren para Harbor Point alrededor de las cinco treinta. Póngase fuera de

peligro ahora que aún está a tiempo.

—Es muy amable por su parte velar por mi salud, Jim. Pero no puedo aceptar su oferta. Tengo que seguir aquí, por lo menos esta noche.

—Pero, ¡por todos los diablos! ¿Por qué, hombre?

—Tengo una cita con una rubia.

—¡Ay, Cristo! Usted es un lunático, hombre. Noche, luna, rubia... Lo que faltaba... A lo mejor me dice que va a encontrarse con ella en el parador de Duncan, fuera, en la carretera.

—¿El Gay Tavern?

—Este es el nombre.

—Este es el sitio donde iré.

—Rob... ¿quiere hacerme un favor? Váyase de la ciudad.

—Hombre, Jim, cómo se ve que usted no conoce a esta rubia. No me daría este consejo, si conociese a la rubia.

—Conozco a Duncan. ¿Habla realmente en serio?

—Totalmente. Como nunca.

—Escuche... Si se va, se libra del jurado. Si se queda, el jurado le va a hacer sudar copiosamente. Palabra. Eso, suponiendo que alguien no le meta plomo antes.

El rumoreo de la radio en el cuarto, hizo que Baxter dijese:

—Un momento, Jim.

Fue a dar volumen y regresó al teléfono.

Se limitó a tender el auricular.

“Nunca conoció un lugar tan gentil
ni una brisa de aroma tan sutil
como la que en Sanderville impera
cuando florece la primavera”.

Por la boquilla dijo Baxter:

—¿Oyó, Jim? Nunca conocí un lugar tan gentil... Ni una rubia tan escalofriante. “Chiao”, fiscal.

CAPÍTULO VIII

Clem Simons, el rebelde, el candidato a concejal, era uno de los ciudadanos que Don Duncan hubiese preferido no tener por asiduo concurrente al Gay Tavern.

Pero Clem Simons estaba cortejando a Laura Holden, la cantante, y se presentaba todas las noches religiosamente a las ocho y media.

Clem Simons, flaco y de aspecto soñador, rondaba los cuarenta. Regentaba en propiedad una cadena de licorerías.

Había llegado procedente de Nueva York, empezando con un almacén de venta de licores. Progresó rápidamente.

Todas las noches, llegaba a las ocho y media en punto, ocupaba una mesa ya reservada para él, contra la pared y cercana al estrado.

Absorto en sus pensamientos tecleaba en la mesita acompañando la música de baile. Pero al aparecer Laura, permanecía en extasiada concentración, contemplándola fijamente a través de la neblina del humo de cigarrillos.

Ocasionalmente venía ella a sentarse con él por unos instantes entre cada actuación, pero por lo general Clem Simons permanecía a solas hasta la actuación final de Laura, a las dos de la madrugada, llevándola entonces en coche hasta su domicilio.

Cuya puerta no logró nunca traspasar.

Clem Simons era un hombre solitario. Salvo una hermana casada y residente en Bermuda, no tenía familia. El amor, eso que tanto se mencionaba, no se había presentado en su vida.

Estaba enamorado de Laura Holden, pero no tenía la menor seguridad de que ella le correspondiese. Pero su ilusión ya era algo, y algo era mejor que nada.

Algunas veces decía a sí mismo que la única razón por la que se había metido en política era para tener algo con qué rellenar las horas de su vacía existencia.

Concejal era un punto de arranque modesto, pero desde esta posición un hombre podía llegar lejos. Lo importante era ganar el primer peldaño en la escalera política.

Y ahora, sentado en su lugar habitual del Gay Tavern, Clem Simons fue mirando en rededor del local semivacío. La primera actuación, la de la cena, era hacia las nueve y cuarto.

Simons esperaba impaciente a que Laura Holden hiciera su

aparición. Quería oírla en *Primavera en Sanderville*. Le gustaba a Simons aquella ciudad y le parecía maravilloso que una ciudad tuviera su propia canción.

A su lado se inclinaba un camarero para anunciarle en tono casi confidencial:

—Allí hay un desconocido que desea hablar con usted.

Galvanizado por su candidatura de concejal, Simons se puso en pie sonriente. El hombre que había seguido al camarero, era alto, joven y de expresión melancólica, aburrida.

El recién llegado se presentó:

—Robin Baxter. Hablé con usted hoy por la mañana.

—Ya recuerdo. Bien, celebro conocerle, Baxter. Siéntese, por favor. ¿Ha cenado ya?

—No. ¿Qué tal es la comida aquí?

—Si no me presentase para concejal le diría que es magnífica. Bien, conqué aquí tenemos a un honesto destripa-crímenes en persona. No puede figurarse que satisfacción me produce conocerle.

—Gracias.

—Especialmente en esta ciudad. Un hombre que pretende rebelarse contra los que solapadamente dirigen el delito se siente a veces solitario.

—Especialmente aquí —dijo Baxter.

Estaba estudiando la carta y el menú.

Rio Simons:

—Comprendo la chanza. Pero yo solamente vengo aquí para ver a Laura. Laura Holden. La cantante.

—Ya nos conocemos.

—¿Conoce usted a Laura?

—Me consultó ella hoy. A propósito de su teléfono.

—¿Qué opina usted de este asunto?

—Poco puedo sacar en limpio.

—Me refiero a que puedan ocurrir cosas semejantes. ¿Y por qué querían intervenir el cable de Laura?

—Quizá se tratase de investigar con respecto al divorcio de su compañera de apartamento.

—Cierto que está separada del marido, Brigit.

—Bridget —rectificó Baxter—. Bridget Cassel.

Simons le miró con admiración.

—Eso es formidable. Yo conociendo a Laura tanto tiempo y nunca puedo recordar el nombre de su compañera. Usted la conoce de hoy y ¡zas!

Receloso indagó Baxter:

—No entiendo.

—¿Su memoria, hombre! ¿Cómo lo consigue?

—Creo que elegiré la carne mechada con guisantes ¿Mi memoria? Nada de particular Basta que le golpeen a uno en la cabeza antes del almuerzo... Y se le queda bien impreso todo ¿Podemos lograr que se acerque un camarero?

Se incorporó a medias Simons para chasquear los dedos en dirección al camarero que acudió presuroso.

Dijo Simons:

—Carne mechada para mi buen amigo. ¿Cómo la quiere?

—Más bien tostada por fuera, con guisantes y ensalada. ¿Y usted que tomará?

—Simplemente una ensalada de aguacate con zumo de frutas.

El camarero se fue y agregó Simons:

—Si me elijen concejal, haré investigar a fondo este asunto de las grabadoras espías. Es una perfecta violación de la intimidad de todo ciudadano.

—Lo es indiscutiblemente.

—Pero es también indiscutible que a veces es beneficioso.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Bien... Supongamos que asesino a alguien. Si usted fuese un policía en activo, ¿no le interesaría intervenir mi cable para hallar alguna prueba contra mí?

Miró Baxter fijamente a Simons:

—Si usted asesinase a alguien, supongo que no se pondría a hablar de ello por teléfono.

Simons pensó un instante. Dijo por fin:

—Bien, la policía tiene que tener algún pretexto, ¿no?

—Les basta con acudir al juez y que les firme la orden.

—Nada de orden, nada de orden —dijo una voz cercana.

Simons y Baxter miraron a la vez a la mesa contigua. Un hombrecillo con grandes gafas les sonreía vagamente. Su busto parecía tener cierta dificultad en mantenerse erecto, como acusando un exceso de ingestión alcohólica.

—Hola, Clem, recórcholis.

—Hola, Oswald —correspondió Simons.

Daba la sensación de no estar muy complacido por la vecindad.

—¿Quién es tu amigo? —preguntó el llamado Oswald.

—Robin Baxter.

—Hay un Robin Baxter en el periódico —declaró Oswald solemnemente.

—Es el mismo.

—De la comisión anticrimen, recórcholis.

Y levantándose se inclinó hacia Baxter.

—Muchacho, lo que me alegra verle, recórcholis.

—Te vas a caer si no te apoyas en la mesa, Oswald —advirtió Simons.

—¿Por qué no se sienta con nosotros? —invitó Baxter—. Oswald, ¿es su nombre de pila o su apellido?

—Ambas cosas —y Oswald cogiendo su vaso, vino a sentarse—. Muchacho, quiero que sepa que no puede estar en mejor compañía. Este mozo es el candidato pro Ayuntamiento Honrado, con mayúsculas, como suena. Ahí tiene a un hombre sano, honorable y... eso es. Hola Clem. Le presento a Clem Simons, muchacho.

Suspiró Simons antes de notificarle a Baxter:

—Oswald es oculista. Últimamente se separó de su esposa.

—Porque recuperaré de pronto la vista —rio Oswald complacido—. Y desde entonces lo estoy celebrando. ¿Usted no bebe, muchacho?

—No, porque voy a cenar.

—Bien hecho. Hay que cenar de vez en cuando. Es lo que le dije a ella. Una paciente que acudió a que le hiciese un examen ocular... Oigan, una chica fantástica, sea dicho entre nosotros... Y tiene el mismo problema que yo... Separada de su otra mitad... Y nada, al poco nos quedamos citados. Aprovecha mientras aún eres joven y puedes, digo siempre. O sea que mañana noche cita al canto con la fantástica... Oye, Clem, ya ves lo que pasa... De no conocerte a ti, no hubiese conocido a nuestro amigo Baxter. Por cierto, siendo usted de la comisión antirracista, necesito que me oriente. ¿Cree que estoy cometiendo un crimen?

—¿Qué está haciendo, Oswald?

—Quedarme citado con una paciente.

—El chiste tiene pase —dijo Baxter pacientemente.

—No es chiste, recórcholis. No les puedo pedir su parecer ni a la policía, ni a la Liga de Ciudadanos, ni siquiera a mi ahogado. Pero necesito consejo. ¿Dónde he de acudir lógicamente? A los representantes de la comisión anticrimen, digo yo.

—No le haga caso a Oswald —murmuró Simons—. No está muy acostumbrado a beber.

El camarero acudió con la cena ligera. Y la orquesta pasó de una música sincopada a un ritmo de violines.

Las luces se tomaron azules y suaves. Salió Laura Holden al estrado, entre aplausos.

Al contemplarla ahora, Baxter encontró difícil creer que era la

misma mujer que había conocido desdibujada en un jersey flotante, con una toalla envolviendo su cabellera.

Ahora era un espectáculo. Suelto el rubio cabello, y enfundada en negro terciopelo, desnudes los hombros, era una imagen deliciosa.

Laura empezó a cantar la famosa *Primavera en Sanderville*.

Cuando entonaba la línea: “cantar al ruiseñor”, oyó Baxter un ahogado sollozo. Procedía del oculista Oswald que musitó:

—Esta canción me pone todo tierno y babosón...

—¡Sshh! —sopló Simons molesto—. Laura está cantando.

—Que me traigan otro lingotazo. Necesito olvidar las penas del amor.

—¡Sshh! —silbó Simons.

—No seas lechuza, Clem. No oigo a Laura. La veo, pero no la oigo.

Baxter ondeó la mano hacia el camarero señalándole el vaso de Oswald. Laura seguía cantando. Musitó Oswald:

—Me entran ganas de echarme a llorar, recórcholis.

—A ver si te callas de una vez —rezongó Simons.

—Oh, Dalia, oh, Dalia —silabeó Oswald.

—¿Quién? —preguntó Baxter.

—Es el nombre de mi paciente.

—Por favor —terció Simons fastidiado.

Oswald se colocó ahora el índice sobre los labios.

Laura tarareaba ahora la canción. Baxter mientras cenaba, observaba el rostro de Simons contemplando a Laura.

“El hombre está enamorado como un canelo”, meditó.

Tras los aplausos, dijo Baxter:

—Lo hace ella mucho mejor que Pat Dorante, el policía cantante.

“Oh, Dorante, Dorante, el bravo policía
símbolo de tabarra y gallardía...”

Al ver que no le coreaban, regresó a la contemplación de su vaso. Cuando Baxter y Simons habían terminado de cenar, también Laura había finalizado su primer turno.

Acudió directamente a la mesa.

Levantándose, dijo Simons:

—Hola, Laura. Te consigo una silla.

—No me quedo, Clem. Tengo que mudarme.

Miró a Baxter agresivamente, sin saludarle.

—¿Se conocen ya los dos? —inquirió Simons—. Sí, claro. Ya conoce a Laura, Rob.

Oswald dijo pastosamente:

—Es usted un ruiseñor con un par de... un par de ojazos de campeonato, Laura.

—Estás bebiendo demasiado, Oswald —recriminó Simons.

Laura le habló fríamente a Baxter:

—Todavía no ha aparecido Duncan. Se lo presentaré cuando venga por la sala.

—No quiere que le presenten a Duncan, mujer —dijo Simons—. No me diga que quiere conocer a Duncan, muchacho.

—Solo para decirle hola —expuso Baxter.

Y mirando a Laura comentó:

—Canta usted bien y viste agradablemente. Tiene aspecto de reina.

—Gracias. Usted tiene aspecto de haber recibido un golpe en la cabeza.

—Ya encajados, los golpes se olvidan. La lección queda.

Intervino Simons jovial:

—Lo que más me gusta es un buen sentido del humor. Y creo que Rob es un bromista. Con cara de póquer.

—Lo es —dijo ella. Y mirando a Baxter agregó—: Luego le avisaré.

Se marchó. Muy oportunamente. Porque al apartar la vista de ella, vio Baxter en el umbral de la sala, a Luke Marvin y Gladys.

Iban mirando a la concurrencia. Alzó Baxter la mano y ambos se aproximaron.

Levantándose sonrió Baxter:

—Hola, guapa. Hola, Luke. Señor Simons, Clem. Le presento a la señorita Gladys Marvin y su hermano Luke.

En pie, sonriente, señaló Simons al abotargado oculista.

—El señor Oswald.

Alzó Oswald la vista de su vaso vacío y exclamó mirando embelesado a Gladys.

—Oh, Dalia, oh, Dalia. Me figuraba que nuestra cita era para mañana noche.

Secamente interpeló Marvin:

—¿Qué le pasa al gafitas?

—¿Conoces a nuestro amigo Oswald? —le preguntó Baxter a Gladys.

Sacudió ella la cabeza en negativa:

—Debe figurarse que soy otra.

Una duda alentó en la mente de Baxter. Pensó de nuevo en la primera plana del periódico y en algo que desentonaba.

No lograba atinar con el fallo bien patente en las noticias que había leído.

Pero automáticamente siguió a Gladys al esta decir suavemente, en tono prometedor:

—La noche está primaveral, Rob. Salgamos a la terraza.

CAPÍTULO IX

La primavera alentaba en Sanderville. La noche no era fría y la luna brillaba sin nubes sobre el imperio de Don Duncan, el dictador de las tinieblas de Sanderville.

Cuando salió a la galería con Gladys, Baxter había olvidado ya que la cabeza le dolía.

Aquella noche Gladys era un portento que encandilaba. Llevaba un minivestido de punto color sonrosado como su piel. Parecía algo preocupada.

—Me mudé hoy mismo, Rob.

—Ya lo veo. Estás escalofriante, chata.

—Me refiero al apartamento. Fue idea de Luke. Me alquiló aquí una monada de estudio.

—¿Aquí?

—El Gay Tavern es también un parador, ¿sabes? Tienen *suites* muy confortables.

—¿Y a qué obedeció la mudanza?

—Nervios. Los nervios de Luke. Dice que la policía se pone pesada y me quiere evitar molestias.

Baxter miró su reloj.

—Teóricamente se supone que estoy aquí para charlar con Duncan. No sé por qué. No sé qué ventajas puede reportarme verle. Me complace mucho que vinieses.

Ladeándose, quedó ella entre sus brazos. En la soledad de la galería, el beso se prolongó. Cuando por fin Gladys echó atrás la cabeza, despegando sus labios murmuró Baxter.

—¿Esto es lo que te enseñaron en la Escuela de Periodismo de Missouri?

—¿Dónde?

—La Escuela de Periodismo de... ¡Ya está!

—¿Ya está, qué, Rob?

—Ya sé dónde estaba la pifia. Tú escribes las noticias sociales del periódico, ¿no?

—Ahí, sí. Eso es. Pero no con mi nombre verdadero.

—No se trata del nombre. Era un fallo en la primera plana. Algo que me tenía intrigado y que no atiné hasta este preciso instante. Estaba en la columna de chismes femeninos. La exposición de las Damas de los Rosales que se inauguró ayer, y sobre todo la reseña

de la boda de la hija del jefe de policía.

—No te sigo, chico. ¿Qué es lo que te intrigaba?

—Todo ello ocurrió ayer. Noticias para mujeres. Las que tienes tú que delatar. ¿Y cómo es que ayer estabas libre?

—¿Libre?

—Eso me dijiste. Que era tu día libre. Cuando Luke nos presentó en el bar del hotel. Vaya día precisamente ayer para que fuese el tuyo libre.

Rio Gladys:

—¿Y eso es lo que te intrigaba tanto? Olvídalo. Ven.

—¿Dónde vamos?

—Yo no sé dónde vas tú, pero yo voy arriba.

—¿Para qué arriba?

Volviendo la cabeza le miró ella gravemente.

—A mi cuarto.

—Oh... —y se frotó Baxter el lóbulo—. ¿Para qué?

—A mudarme de ropa. Este borrachín que estaba contigo derramó parte de su vaso encima mío, y ahora apesto a destilería. Y si sigues preocupado te anunciaré que el periódico tiene un sindicato como cualquier otro trabajo. Mis días libres son domingo y miércoles. Ayer era miércoles.

Se detuvo ella ante la puerta que conducía desde la galería al vestíbulo del parador.

—¿Sigues preocupado?

—No sé si es correcto que suba contigo.

—Ya soy mayor de edad, ¿sabes? Además hay un saloncito y un baño donde puedo cambiarme.

Había dos tramos de escaleras. Uno, justo al interior de la entrada subía en espiral hasta las salas de juego. El otro conducía a las habitaciones.

El pasillo elegantemente alfombrado y decorado tenía una hilera de blancas puertas a derecha e izquierda, numeradas. Gladys se detuvo ante la última de la izquierda. Rebuscó en su bolso y extrajo la llave.

La puerta abría sobre una habitación con amplio diván-cama, una mesa con radio, un sillón espacioso y un armario empotrado.

A cada lado del diván había dos puertas. En la esquina derecha, dos ventanas. Era un cuarto esquinado.

Invitó Gladys:

—Puedes ponerte cómodo, Rob.

—¿Crees que lo estoy?

Vino ella a besarle ligeramente, y dijo:

—La noche es aún jovencita, Rob.

—Tú eres un poema.

—Mira que eres adulador. Luego bajaremos a bailar un poco.

—Mientras te cambias yo podría bajar para ver si puedo encontrar a Duncan.

—Podrás verle cuando bajemos ambos. Me agrada saber que estás aquí mientras me cambio —y besándole de nuevo agregó ella —: Soy así de caprichosa.

Se fue. Desapareció tras una de las puertas. Sentándose en el sillón calculó Baxter que aquel cuarto sería el de baño. Vio que Gladys no había cerrado por completo la puerta.

Hubo un susurro de ropas procedentes del cuarto en que se hallaba Gladys.

Tragando saliva, Baxter se frotó la oreja, mirando en torno. Levantándose, fue hacia la esquina de las ventanas. Tenían un juego de cortinajes cada una.

Dando frente al cuarto interior llamó:

—¿Gladys?

—Sí, dime.

—¿Qué pasaría si cerrase las cortinas?

—Hazlo.

Sintió Baxter un nudo en la garganta, y echó las cortinas. Las palabras de una antigua melodía acudieron a su memoria, y canturreó en sordina y desafinando:

“¿No es esto romántico?

Pronto encontraré la delicia...”

Le entró calor y quitándose la americana la colocó al respaldo del sillón.

—¿Gladys? No cerraste tu puerta.

Oyó la risa honda, estimulante.

—Confío en ti, Rob.

—Me refiero a la que da al vestíbulo.

—Ciérrala.

Oyó el zumbido de un chorro de ducha. “El oculista debió bañarla en *whisky*”, meditó mientras iba a cerrar la puerta desde dentro.

Tarareaba:

“¿No es esto romántico?

Música en la noche...”

Sin ruido abrió la puerta más próxima y miró al interior. Era como un armario empotrado, pero amplio de unos dos metros por uno y medio. Estaba totalmente vacío de ropas, bagajes o accesorios.

Contenía dos sillas de alto respaldo acolchado, una al lado de la otra y un aparato de televisión sobre una mesita rodante.

Murmuró entre dientes:

—Vaya con el lujo del Parador Duncan. Televisión en cada cuarto. Pero habrá que pagar varios dólares por noche, o de lo contrario tendrán cerrado el armario-cuarto.

Sus ojos empezaban a acostumbrarse a las tinieblas del armario-cuarto.

Retrocedió a la sala, escuchando el rumor de la ducha. De pronto se le ocurrió una extraña idea. Volviendo hacia el armario, abrió, mirando fijamente al interior.

El aparato, más grande de lo normal, estaba conectado a la red.

Entrando, movió el botón de encendido.

Durante unos instantes no vio nada, salvo luces bailarinas y rejillas. Fue despejándose la pantalla, y apareció una sala de juego, con bastantes actores agrupados en torno a una mesa de dados.

De vez en cuando pasaban camareros y otros actores directamente ante la cámara, obliterando momentáneamente la visibilidad.

—Realismo puro —masculló Baxter, esperando acción en el telefilme.

Lo raro es que nadie decía nada que tuviera sentido. Baxter podía oír las voces, pero aquel filme no tenía movimiento ni acción dramática. Era tan solo una agrupación en torno a una mesa de dados sin que sucediese nada.

Baxter procedió a dar otro giro al selector de canales.

Lo que veía era un escenario con una alcoba. Pero no había ningún actor ni actriz.

Extrañado imprimió otro giro al selector.

Esta vez se quedó boquiabierto, dilatando los ojos. La cámara enfocaba en ángulo a una mujer sentada ante un tocador. Estaba maquillándose en retoque de la máscara que sombreaba sus párpados.

Aquel cuarto era evidentemente un camerino de artistas.

Y la mujer maquillándose despreocupadamente era Laura Holden.

CAPÍTULO X

Víctor Leroy, editor del *Daily News* bebía y fumaba por fidelidad a una teoría. Puesto que la nicotina estrechaba las arterias y el alcohol las dilataba, la buena salud dependía del equilibrio más bien que de la moderación.

Se hallaba trabajando en la compaginación final de la edición de la mañana, cuando su teléfono tintineó. Una voz femenina le informó que le llamaban desde larga distancia.

El comunicante era Web Anders, de Harbor Point.

—Hable, diga.

—¿Leroy?

—Yo mismo.

—Web Anders, director de la comisión anticrimen. Ya estuvo en contacto con usted, Baxter.

—Esta noche, no.

—Tampoco conmigo. Estaba y estoy esperando su llamada.

—¿Qué puedo yo decirle que le sirva?

—Muchas cosas. Primero: ¿quién es la señora O. Everard?

—No lo sé. ¿Desea saber algo en particular de dicha dama?

—Todo. Y rápido.

—Hecho. ¿Qué más?

—¿Qué sabe de Luke Marvin?

—El nombre me es familiar.

—Tiene que serlo. Su hermana trabaja en su periódico. Gladys.

—¿Gladys Marvin? ¿En mi periódico? Ahora me entero.

—Baxter me dijo que Gladys...

—¡Un momento! ¿Gladys? ¿Y Luke Marvin? Este individuo es un detective privado.

—Eso ya lo sé —dijo Anders irritado.

—Pero es posible que no sepa que Gladys, su supuesta hermana, es la más loca de las frívolas vampiresas en todos sentidos. Y trabaja bajo el dictado de Marvin.

—Estamos listos. Otra vez tropezó Baxter con la misma pejuguera: una rubia.

—Voy a contarle una novedad reciente. Acaba de visitarme un amigo al que le gusta mucho chismear. Estaba en uvas. Conoció a Robin Baxter en el Gay Tavern.

—¿Y cuál es la novedad?

—El chismoso es oculista. Su mujer le abandonó. Y ahora acabo de ensamblar todo. Vio a Baxter con mía rubia en el Gay Tavern. La rubia vino a visitar a este doctor para lentes de contacto. Ella le dijo que su esposo la había dejado y se citaron para mañana. Pero él afirma que la rubia que estaba con Baxter se llama Dalia y no Gladys. ¿Qué supone usted que va a ocurrirle a Baxter con la rubia?

—Cuando estén en plena escena tierna y cálida, aparecerá un fotógrafo con algún sujeto que dirá ser el marido.

—Gladys es soltera, la sacó Luke de un reformatorio, y ella le es fielmente esclava.

—¿Lo sabe Baxter?

—Estoy seguro que lo descubrirá.

—¿No se ha comunicado con usted?

—No.

—Me huele la cosa a complicación segura.

—El oculista pudo equivocarse. Estaba como una cuba.

—No, no —y la voz de Anders resumaba resignación—. Estoy viendo de lejos lo que va a suceder. Déjeme decirle algo, Leroy. Cada uno de nosotros lleva una cruz auestas. La mía se llama Robin Baxter.

—A mí me pareció un muchacho inteligente. Y pese a su aspecto siniestro, un excelente sujeto.

—Lo es. Pero las rubias ondulantes le trastornan.

—Y a mí. Lo que me salva es que tengo ya sesenta tacos.

—Pero Baxter tiene menos de treinta y retoza como un ternero loco. Esta es su debilidad. Lo resiste todo, menos una rubia. ¿Cómo se llama el oculista?

—Oswald. Oswald E. Oswald.

—¿La “E” que significa? ¿Elmer?

—Ni idea. Ya me enteraré. Se lo comunicaré junto con los datos sobre la dama llamada Everard.

* * *

Robin Baxter apagó la televisión. Regresando a la sala, oyó que la ducha cesaba de funcionar.

Gladys tuvo una explicación perfectamente lógica por su ausencia periodística. Ahora, sin duda, tendría otra explicación lógica para la televisión especial.

Diría que ignoraba siquiera que estaba allí, puesto que no tuvo aún tiempo de inspeccionar aquel armario.

—Rob, ya puedes entrar si quieres.

Pasó Baxter al cuarto adjunto. Le asombró comprobar que era un dormitorio tan grande como el *living* de entrada.

Del cuarto de baño salía Gladys.

—Cariño, he cambiado de idea. Voy a bailar aquí.

La miró apabullado. Llevaba una especie de toalla blanca, esponjosa, sujeta a trechos por grandes botones.

Fue a la mesa y conectó la radiogramola. Anunció sonriente:

—Música afrocubana. Pero a volumen suave.

Sentándose comentó Baxter:

—¿De veras vas a bailar aquí, muchacha?

—¿Es que no te gusta?

Se frotó Baxter la oreja.

—Supongo que sí.

—Podrías demostrar más entusiasmo, hombre.

El ritmo selvático fue tamborileando y ella empezó a desplazarse lentamente por la habitación, en ondulaciones corporales estremecedoras.

Saltaron dos botones. Vino ella a sentarse en el regazo de Baxter, y enlazándole el cuello, murmuró en tono apasionado:

—Me enloqueces, Rob.

—Me contagias, chata.

Las frases que ella murmuraba provocaban en Baxter un eco igualmente incoherente de palabras absurdas.

Y de pronto, en un instante de frialdad mental, recordó la televisión.

Se puso en pie repentinamente. Gladys quedó sentada en la alfombra. Alzando la cara indagó extrañada:

—¿Qué te ocurre?

—Busco la cámara.

—¿La cámara?

—Sí. ¿Qué hay allí?

Gesticuló hacia una puerta a lo largo del tabique tras el cual se hallaba el cuarto de baño.

—Ni idea, guapo. Ven conmigo y viajaremos al séptimo paraíso.

—Para paraísos estoy yo ahora.

Fue Baxter a abrir la puerta.

Daba acceso a una *suite* idéntica, adjunta.

En el centro del *living*, encorvado sobre una grabadora, con auriculares mantenidos por arco metálico, se hallaba Luke Marvin.

A su lado en pie, estaba un individuo alto, cetrino, de sienes grises. Vestía *smoking* de chaqueta azul pálido, pantalón negro, camisa de encajes.

Ambos miraron sin la menor sorpresa a Robin Baxter.

Se quitó los auriculares Marvin.

—No hay ninguna cámara, Baxter.

—¿No?

—No. Basta y sobra con un micrófono para tu caso. Con transmisor de frecuencia modulada.

Alzó la voz:

—Acabó la función, Gladys. Nos sobra material. Puedes vestirte ya corrientemente.

Sonreía, sardónicos los ojillos porcinos.

—¿Querías conocer a Don Duncan? Ahí lo tienes.

—Y él tiene una automática a punto —aclaró Duncan.

Marvin asintió palmeándose la funda sobaquera.

—Aquí está.

Blandamente agregó Duncan:

—Y lo que es más importante, tiene licencia para poder disparar contra intrusos.

—Llémosle al otro cuarto, Don.

—Sin precipitarse, Luke. ¿Encontraste el equipo de televisión, Baxter?

—Lo encontré.

—¿Te das cuenta, Luke?

Volvió Duncan a mirar a Baxter. Su mirada gris plomiza, era inexpresiva, mortecina.

—Escuchando, no podíamos estar seguros si lo habías encontrado o no.

De nuevo asestó su glauca mirada lúgubre hacia Marvin.

—Últimamente estás fallando algo, tú.

—De todos modos, Don... ¿a quién le va a contar él nada?

CAPÍTULO XI

—Conocí a tu patrón Web Anders. Casi logró hacerme deportar. Te lo explico para que comprendas que no es algo personal contra ti. Pero no deja de ser conveniente tener esta pequeña grabación de tu voz, Rob. Solo con fines preventivos.

—Deberíamos llevar la grabadora al otro cuarto, Don.

—Esta sala en que estamos es la de conciertos privados. Cómo te decía, Rob, por si acaso te sientes con deseos de montar tu blanco corcel de caballero andante y espolearlo hacia mí. ¿Qué es lo que llevan escritas aquellas etiquetas pequeñas? Más o menos: “Para prevenir dolencias”. Tú eres una dolencia, Rob. Vas por todas partes señalando a la gente con el índice y diciendo “fíjense”.

—Solo señalo a aquella gente que vale la pena fijarse en ella.

—Sí, una misión especial de tu vida. Pero no puedes detener a nadie, no puedes encarcelar a nadie. La comisión anticrimen... Bah... Todo lo que sabes hacer es tender el dedo y decir: “fíjense”.

—Algo es algo dada la cantidad de mudos a la fuerza que existen.

—¿Te sientes un tipo excepcional? Rob Baxter, el hombre sin miedo ni tacha.

—No tanto. Algo de pánico tengo.

Don Duncan se rascó delicadamente la nuca.

—Eso es lo peligroso en ti, Rob. Tu sinceridad.

Intervino Marvin:

—¿Llevo el trasto al otro cuarto?

—Vamos. Después tuyo, Rob. Recuerda una vez más que no es algo personal entre tú y yo, básicamente. Es algo básicamente personal entre yo y Web. Digamos rencor. Pero recuerda también que yo no fui el que te invitó a venir. Viniste por tu cuenta.

Sin replicar pasó Baxter a la habitación contigua. Gladys, habíase revestido otro minitejido de punto.

—Hola, Dalia —saludó Baxter.

—¿Dalia? —inquirió Duncan.

—Se trata de un cliente particular mío, Don —expuso Marvin—. Su mujer le dejó y quiere consolarse. Gladys le encontró, aquí anoche y él cree que se llama Dalia.

—De momento, Dalia o Gladys, te largas, querida. Pitando.

Gladys salió a toda prisas.

—Siéntate, Rob. Puedo ahorrarte la audición de las memeces que le decías a la rubia. Ya conoces la técnica. Se borra lo que no interesa. Se deja lo que sirve. Y añado esta cinta a mi colección privada.

—No sé de qué te va a servir —manifestó Baxter—. ¿A quién se la vas a hacer a oír? Soy soltero.

—No pienso dársela a oír a nadie, Roo. A menos que fuera preciso que el gran público supiera intimidades de la comisión anticrimen. Por gran público señaló la Prensa, lógicamente. Enviaríamos copias a varios periodistas.

Y entornando los párpados, Duncan pareció dictar:

—“Estimados publicistas: Dos puntos. No dudamos que les complacerá oír la adjunta demostración de cómo un as investigador de la comisión contra el delito, se comporta en su vida privada. Esta comisión consagrada a sacarle brillo ante el público a toda inmoralidad, envió a su representante a nuestra ciudad para investigar las buenas artes y fáciles virtudes de una linda raposa... Y ahora sírvanse escuchar al propio Rob Baxter en persona...”

Chasqueó Duncan la lengua repetidamente.

—Causaría muy mal efecto. Espero no tener que usar este método contra ti, Rob. Me agrada tu estilo. Sabes escuchar atentamente. La próxima vez se le puede ocurrir a la comisión investigar mis negocios. Tal vez vinieses tú o el propio Anders. ¿Te das cuenta por qué necesitareé este disco, Rob? Eres comprensivo, ¿no?

—Por lo menos, sé comprender. ¿Y qué pasa si renuncio y dimito?

—Te regalaré una copia del disco. Y hasta te daría un buen trabajo. ¿No? No. Eso es lo malo contigo. No hay modo de comprarte, no hay modo de sobornarte.

Sonrió Baxter agriamente.

—Bien sobornado que me tienes, Don.

—Es distinto, es distinto. Cada hombre tiene su par de debilidades. Junto a tu honradez está tu predilección por las rubias bien moldeadas.

—¿Por qué te tomaste tantas molestias conmigo?

—Por culpa de Web Anders. Quiere deportarme. Estuve en presidio, pero desde que salí, quiero seguir fuera de rejas. A mi modo y manera, soy un honrado negociante. Nunca hice aplicar un chivato a ningún teléfono. ¿Lo dudas?

—Lo creo.

—¿Por qué?

—No necesitas mentir.

—Exacto. A ti no necesito mentirte. Ni tengo por qué decirte verdades. Me caes bien, Rob. ¿Qué opinas de Luke?

Luke Marvin arqueó las cejas, crispados los labios.

—Es un gran técnico en instalaciones electrónicas.

—Trabaja para mí. Es un chapucero en todo lo demás. ¿Sabes por qué hice montar por Luke mis canales audiovisuales? Vienen aquí grandes hombres, no por su moralidad, sino por su situación. Cámaras y micros por todas las salas, menos en esta.

Miró Baxter al privado.

—No había policías hostigándote, ¿verdad que no, Luke? Todo forma parte de la farsa.

—Cabal, cabal.

Don Duncan agitó el índice hacia Baxter.

—Tú y yo tenemos nuestros sistemas para obtener información. Yo empleo a Luke como instalador y técnico. Cuando un capitoste de algo viene al Gay Tavern, procuro darle todo lo mejor de la casa. Luego le permito escuchar el disco y verse por televisión. De este modo adquiero amigos, Rob. Grandes amigos. Con acciones en mis negocios. Así fue como construí mi hipódromo.

Baxter miró alternativamente a Marvin y a Duncan. Dijo con lentitud:

—Solo hay una pifia, Don.

—¿Pifia? ¿Dónde? ¿Cuál?

—Nunca puedes estar seguro de hallarte totalmente protegido.

—¿Qué no? Apenas veo un peligroso hueco, lo relleno. Por ejemplo, esta elección que se avecina. Estaría más a gusto si este fulano Clem Simons pierde, ya que me va la actual administración. Pero he de protegerme. Rellenar el hueco. O sea que le dejo comprar a Simons trescientas acciones del hipódromo. Se las ofrecí a un precio tan bajo que no pudo negarse. Hasta le permití ponerlas a nombre de su hermana. ¿Cómo se llama su hermana, Luke?

—Everard. Olympia Everard.

Volviéndose hacia Baxter dijo Duncan satisfecho:

—¿Te das cuenta? Estoy protegido. Si Simons pierde, yo tan pancho. Si gana, no me da el menor soponcio porque no va él a estropear el hipódromo pidiendo leyes contra las apuestas.

—¿Por qué me cuentas todo eso, Don? Esta es la clase de información por la cual pago de costumbre.

—Te lo cuento, porque estoy siempre protegido. Tengo tu voz, Rob. No puedo comprarte, pero te hundo con esta grabación, desacreditando cualquier cosa que intentes decir en contra mía.

¿Ves ahora la protección? ¿Captas?

—Sí, pero no creo en ella. Dijiste que Luke Marvin que también sabe escuchar muy atentamente, ha hecho la instalación para sonido y visión. Trabaja para ti. Y eres tan endemoniadamente anticuado que te figuras tener segura la lealtad del que pagas. Eres tan condenadamente pirata romántico que charlas y charlas aquí en esta sala, diciéndome que todas están conectadas a grabadora y tele, excepto esta en que nos hallamos ahora.

—¿Qué estás insinuando?

—Pregúntale a él.

Y Baxter tendió el índice hacia Luke Marvin.

Lo único que sé hacer, Don, es tender el índice y decir: “fíjate, fíjate”...

—Un momento, un momento —dijo Marvin roncamente, poniéndose en pie, hundida la mano bajo su solapa izquierda—. A este tío no le aguanto yo más indirectas...

Don Duncan avanzó hacia él tendida la diestra.

—Dame tu petardo, Luke.

—¿Eh? Pero, ¿vas a hacerle caso a...?

—Tú pistola, Luke. ¡Ya!

Robin Baxter también se levantó.

Vino a colocarse a un lado de Don Duncan.

Luke Marvin contempló receloso a ambos. Dijo:

—Como hay infierno, Don, que yo no...

—La pistola, tú —silabeó Duncan.

Marvin empuñó bajo la tela de su americana.

Duncan especificó:

—Con la culata asomando primero, tú.

Luke Marvin tendió la pistola a Duncan, presentándola por la culata.

Los largos dedos de Duncan rodearon las cachas de nácar. Hundió la boca del cañón plateado en el estómago de Marvin.

—Es un asco, Luke.

—Como hay infierno, Don, yo te... juro...

—Cierna la boca ahora. Me refiero a que es un asco esta herramienta. Propia de hembra o de cerdito mariquita. Ahora enséñame dónde camuflaste la cámara que está aquí.

—Como hay infierno que yo...

Se atragantó Marvin.

El repique de cañón y culata en su estómago había sido muy rápido.

—Voy a explicarte el programa de festejos, Luke. El primer

pepinillo te lo trufaré en la mano zurda. El segundo en el sebo de tu paletilla derecha. Anda, no te pongas remolón ahora. Levanta la mano izquierda.

—¡Está allí, Don!

Marvin señalaba las dos rejillas de aire acondicionado de la espaciosa sala dormitorio.

—¿También micro, Luke?

Cabeceó Marvin afirmativamente. Lívido, trémulos los labios.

El inesperado culatazo le alcanzó bajo la barbilla.

Primero se irguió. Luego fue encogiéndose como un fuelle deshinchado y quedó acurrucado en la alfombra.

—Mientras le reparan las averías dentales meditará que le conviene horrores serme fiel como un perro pachón. Le gusta vivir al muy chapucero. Como a todos. Tenías razón, Rob. Acertaste. ¿Cómo fue?

—“El que a hierro hiere, a hierro muere”. Eso dice un gran libro.

—“Si les escuchas a ellos, también serás escuchado”...

—Capto la onda. ¿Cómo se llama el libro ese, Rob?

—Kempis.

—¿Kempis? Tendré que leérmelo a fondo.

CAPÍTULO XII

Robin Baxter había regresado al hotel en el “Cadillac” negro de Don Duncan conducido por el mudo circunstancial llamado Raynes.

El hombre de toda confianza de Duncan solamente despegó los labios al final del trayecto para decir con entonación casi respetuosa:

—El jefe dijo que me quede si usted lo pide.

—Adiós, buenas noches.

Durmió agitadamente. Con raras pesadillas de rubias africanas bailando al son de tam-tam que eran aparatos de televisión y agitando micros en vez de maracas.

Lo despertó el campanileo del teléfono. Era Web Anders llamando desde Harbor Point.

—Me alegra oírte bostezar, Robin. ¿Charlaste con Duncan?

—Charlé.

—¿Qué tal resultó?

—Sigo vivo.

—Algo es algo. ¿Y la rubia Gladys, qué?

—Doctor, acaba usted de tocarme un nervio de la muela.

—O sea que ya averiguaste, que es de armas tomar. ¿Cuándo has de comparecer ante el fiscal y su gran jurado?

—Apenas me mande aviso. Hoy, mañana a más tardar.

—No te preocupes. Estamos todos en tu esquina, muchacho.

—Entonces que alguien vigile al árbitro. Van a querer que les diga dónde obtuve la información sobre los números, y eso no lo suelto ni a usted.

—Bien hecho. Antes que se me olvide. Hay un individuo llamado Clem Simons que se presenta para concejal.

—Le conocí anoche. Estaba en el Gay Tavern. Con un oculista borrachín.

—Oswald, E. Oswald.

—¿El que está aquí en Sanderville, soy yo o usted?

—Vigila a Simons. De un modo u otro está concentrado en Duncan.

—Mediante trescientas acciones del hipódromo de Duncan registradas a nombre de su hermana Olympia Everard. Le añado que Simons es el que menos me preocupa.

—¿Quién te preocupa?

—Jim. El fiscal James Fergus. Los picapleitos son terribles.

—Pero tú eres un ciudadano decente... menos cuando hay rubias en torno. Volvamos a Simons. Hice indagar sus antecedentes. Procede de Nueva York. Cuando tenía diecinueve años le detuvieron por falsificar un cheque. Su patrón retiró la demanda y la cosa no pasó a mayores.

—Déjeme pensar. ¿Esto le invalida para ser elegido en cargos públicos?

—No.

—Pero perjudicaría su campaña.

—No creo que en Sanderville lo sepa nadie. Apenas pases ante el fiscal y su gran jurado, coges el tren. Ya obtuvimos los resultados apetecidos. La legislatura federal se cuidará de votar una enmienda prohibiendo la intervención de líneas, salvo en casos de *Top Secret* federal. Llámame apenas salgas de las garras del fiscal.

Colgando miró Baxter la hora. Pasaban minutos de las doce del mediodía. Sentía hambre. Y sentía otro gran deseo.

Marcó las dos letras y los cuatro números.

La voz de Laura Holden le acarició el tímpano.

—Robin Baxter hablando. ¿Cómo está?

—Mejor que ayer. No le vi más anoche. Le busqué para presentarle a Duncan.

—Ya le encontré. Gracias.

—Escuche... Le debo disculpas. Por lo de ayer.

—No me debe nada. El tortazo me lo gané a pulso. Fui un animal.

—No, no. Yo fui bruta. Usted... encajó, y después me facilitó la ayuda que deseaba. Nadie me ayudó. Usted sí.

—Entonces seamos menos ceremoniosos. Ayer me porté estúpidamente. Si hace tiempo me comí una manzana y se me indigestó, no por eso he de declarar la guerra a todas las manzanas. Las hay buenísimas. Tú, por ejemplo.

—Eso se lo dices a todas las rubias —rio ella.

—Aunque fueras morena. Quería verte para hablarte de algo.

—¿De qué?

—Preferiría no decírtelo por teléfono. Y eso que hasta por teléfono tu voz me agrada. Es pura melodía.

—Si quieres, puedes venir. Me disponía a preparar mi comida. Duplicaré raciones.

—Tengo tanta hambre que me comería un caballo entre dos colchones. Voy volando.

Esta vez, Laura Holden, esperando en el rellano, llevaba un

vestido de impecable línea distinguida y a la vez femeninamente casera.

Sonriente, dijo:

—Bienvenido, Robin. ¿Te parece bien un menú de sopa de setas, mero a la plancha y filete de caballo?

—Relincho de gusto.

La llevó al armario empotrado, y por encima del hombro preguntó:

—Dame tu americana.

—¿Cuándo has de aparecer ante el fiscal?

—Esta tarde o mañana. Ya me avisará.

—¿Y qué te sucederá?

—Puedo ir de cabeza a la cárcel.

—¿Por qué?

—Lo calificarán de desprecio al gran jurado. Al no querer yo decirles cómo obtuve mi información.

—¿Y por qué no lo dices?

—Por dos motivos. Primero, porque para el caso no es esencial, puesto que lo que importa lo revelé. Segundo, pondría en apuros a un hombre inocente. Un hombre honrado.

—Ven a la cocina.

Una cocina cómoda que era a la vez comedor.

Laura Holden se apartó un mechón que le no sobre la frente.

—¿Sabes una cosa, muchacha? Tienes una fresca.

—¿Eh, cómo...? ¿Ya empezamos?

—Calma, calma, caray. Quise decir frescura de rocío, de piel bien frotada, de nalga de niño con talco. Un rostro limpio. Bonito.

Sonrió ella halagada.

Agregó Baxter:

—Y puesto a mirar te diré que toda tú eres tersa y bonita.

Removiendo las setas ironizó ella:

—¿Acaso conectaste una televisión en mi dormitorio, Robin?

—Yo no. Pero Don Duncan tiene una cámara enchufada con los camerinos.

Rio ella divertida.

—Pero... si Don tiene fama de inconquistable con las mujeres.

—No tiene nada que ver. Va en serio. Lo vi. Eso es lo que quería decirte personalmente. Y sobre todo tú no sabes dónde te enteraste. Es la primera vez que violó el secreto de información.

Laura le miraba asombrada.

—Fíjate si sobre tu espejo o lateralmente hay una rejilla de aire acondicionado. Echa encima un trapo o forma jaleo. De todos

modos me consta que a ti no te espían ni te consideran cómplice de ninguna juerga ni chantaje. Don Duncan casi te elogió. Dijo textualmente: “Considero las mujeres una fuerza de disolución, que acaban con el hombre más recio. Pero si algún día tropezase, tropezaría de lleno, llevándome de esposa a Laura Holden”.

—Muy halagador, pero antes monja que esposa de Don.

—Don es un sujeto caballeroso.

—Lo será, pero en forma muy rara, entonces.

—Todos a nuestro modo, somos raros. Ya ves... ahora mismo, debería estar pensando en que de manos del fiscal puedo ir a parar a la cárcel. Y no me inquieta demasiado. Pienso en otra cosa.

—¿En qué?

—En que me agradaría saber que al término de mis jornadas, una mujer como tú me espera.

Laura trajo los cubiertos. Al pasar tras él se inclinó de pronto y le besó en la mejilla.

Sus ojos se encontraron en un absurdo ángulo. Rieron ambos.

—Rara es la vida, flequillo —dijo Baxter—. Abofeteado un día, besado al siguiente.

—Ayer llevaba yo pantalones. Hoy, falda.

Poco después preguntaba ella:

—Si no revelas quién te informó, ¿irás a la cárcel?

—Bastante posible.

—¿No ves solución alguna?

—No.

—Yo sí.

La miró asombrado.

—Supongamos que pudiese convencer a Clem Simons de que se retirase de las elecciones.

—No veo...

—Espera, déjame terminar. El fiscal es el que te atosiga. En cierto modo es tu rival. También es rival de Simons. Se me antoja que si Clem Simons se retirase de las elecciones, y alguien le dijese al fiscal que fue por sugerencia tuya, entonces Fergus te dejaría tranquilo.

Alargando el brazo cogió Baxter la mano libre de Laura.

—Cada vez estoy más convencido de que eres una gran chica. Pero el primer paso a dar sería convencer a Simons para que retirase su candidatura. Y él tiene mucho empeño en ser concejal.

Adustamente dijo ella:

—Hay algo que él tiene aún mucho más empeño en conseguir. Yo.

Levantándose, se aproximó Baxter. Ella rehusaba mirarle.

Le cogió el mentón y sopló hacia su mechón de cabello.

—No, flequillo. No. Y es un trato firme entre tú y yo. Iré a la cárcel, si es preciso, pero me esperas a la salida. ¿De acuerdo?

Sonrió ella, asintiendo.

* * *

Robin Baxter esperó en vano la citación fiscal.

Rondaba la medianoche cuando en su habitación sonó el teléfono. Baxter, vestido, leía una novela del Oeste. Le gustaban. Eran sencillas, rectas y sin florituras.

La voz anunció:

—Hola, Rob:

Era Don Duncan.

—Quiero verte.

—¿Para qué, Don?

—Una ceremonia. Voy a borrar ante ti tu voz de la cinta. Me hiciste un favor anoche. He decidido hacerte otro a ti esta noche.

—Estupendo, Don.

—También puedo darte un dato para ayudarte cuando mañana te enfrentes con Jim Fergus, el fiscal. No sé si te servirá, pero a lo mejor, sí. La cárcel aquí es apastosa.

—Magnífico, Don. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Yo y Raynes vendremos a recogerte en mi “Cadillac”. Dentro de unos treinta minutos.

—De acuerdo. Otra cosa, Don. Mientras te tengo en la onda, hay algo que me olvidé de preguntarte anoche.

—¿Qué es?

—¿Por qué me enviaste dos gorilas a darme un toque en la cresta?

—¿Cuándo?

—Ayer al mediodía. Un matrazazo.

—La contestación es una sola, Rob. No envíe a nadie. Todavía no tenía motivos para darte una bienvenida así. Hasta ahora, Rob.

Minutos después bajaba al vestíbulo del hotel para esperar al “Cadillac” de Duncan.

El vestíbulo estaba totalmente desierto. Ni siquiera estaba a la vista el recepcionista.

Se disponía a dirigirse hacia la salida cuando se abrió la puerta y entró Clem Simons.

Se detuvo Baxter mirando al que resollaba un poco.

—De perlas, Rob. Eres precisamente el elemento que andaba buscando. Necesito hablar contigo.

—Hola, Clem. ¿No fuiste hoy al Gay Tavern?

—De allí vengo. Laura me dijo que ibas a tener trifulca con el gran jurado. Hice un trato con ella.

Notó Baxter un repentino apretón en la garganta.

—¿Qué clase de trato?

—Como favor para ella acepté incorporar este episodio al material de mi campaña. Me servirá.

Dibujó en el aire como si pincelase un cartel de propaganda:

—“Luchador social contra el delito encarcelado por exponer las maquinaciones tenebrosas de los privilegiados. Lo que necesitamos es un cambio en esta ciudad”. ¡Maravilloso! Me puede valer muchos votantes.

—Verdaderamente las elecciones te tienen obsesionado.

Se habían sentado hacía un rato en un canapé al lado norte del vestíbulo. Pensó Baxter que debería ir a la galería porche del hotel para estar allí cuando llegase el coche.

Se dirigió hacia la puerta, y le siguió Simons.

El candidato a concejal manifestó:

—Quiero que me cuentes todo lo que sabes, y así de este modo podré presentar mejor mi campaña de saneamiento moral a los votantes. ¿Por qué no me dices cuál fue tu fuente de información?

Pensó Baxter en el policía Mike Kovalsk. Un hombre que necesitaba dinero y que lo aceptó solamente a la fuerza. Había varias clases de honradez, se dijo Baxter, y una de las mejores era la de Mike Kovalsk.

Un patrullero a pie, un agente que aquella misma noche efectuaba su turno de ronda nocturna.

El mundo no cambiaría, pero si hubieran más Mike Kovalsk, habría menos Luke Marvin impunes.

Salió a la galería, sin replicar a la petición de Simons.

Había cuatro salidas del hotel, la principal, otra puerta al extremo norte, la barbería y la tienda.

Fue por la pequeña puerta auxiliar al extremo norte de la galería por dónde salió Baxter.

Tenuemente, a la luz lunar, brillaban los raíles del ferrocarril distantes dos manzanas.

Junto a Baxter dijo Simons:

—Este sitio me produce algo semejante a pavor.

Miró en torno nerviosamente.

—Esta es la misma puerta por la que salió el juez.

Aproximadamente hacia esta hora de la noche, supongo. Y nadie por los alrededores.

Apuntó un dedo algo tembloroso diagonalmente a lo largo del porche.

—Allá fue donde encontraron el cadáver.

—Bien, tú me custodias y yo te escolto —dijo Baxter—. Algo despoblado este sector, ¿no?

—Para el caso como si estuviéramos en Valle Mohave, en pleno desierto.

Ladeó de pronto la cabeza Baxter, como si oyera una nota falsa.

—Nadie vio matar al juez... —dijo Baxter.

Y el resto de la frase ya surgió de sus labios antes que, por elemental prudencia, tuviera tiempo de alterarla o callarse.

—... y por consiguiente, ¿cómo sabes por cuál puerta salió el juez?

Volvió lentamente la cabeza, pero ya la diestra de Clem Simons empalmaba una automática de corto cañón.

—Camina delante, Robin —ordenó Simons—. Hasta bajar del porche. Poco a poco.

Baxter empezó a caminar por la galería.

—Con las manos en alto, Robin.

Baxter asintió melancólicamente y siguió caminando, alzando las manos.

Por encima del hombro, comentó:

—Siempre que descubro algo, es demasiado tarde.

—Eso parece...

—Se perfila todo ahora. Fuiste detenido cuando eras un muchacho. Viniste aquí y prosperaste con una cadena de tiendas licoreras. Tuviste que solicitar una licencia Estatal de Licores, y en los impresos hay una línea que dice: “¿Ha sido usted, detenido, procesado o condenado?” Y tú, ¿qué escribiste? ¿No? ¿O dejaste la línea en blanco?

—Ahora ya, ¿qué importa? Camina lento, Baxter.

—Y el juez era el único que tuvo el seso y el acceso a los archivos para poder ligar las dos cosas juntas. Y te hubiese procesado. Concejal Simons. Falsedad en declaración jurada. Tu ruina moral y material.

—Para aquí mismo.

Se detuvo Baxter.

Desde la vía férrea distante dos manzanas llegó el estrépito metálico de un tren de carga. Era un ruido crepitante.

El otro ruido, el de los disparos, pudo proceder de cualquier

sitio. Se fundieron sus ecos con los chasquidos de las ruedas de los vagones.

CAPÍTULO XIII

El patrullero Mike Kovalsk efectuaba su ronda nocturna por la calle lateral al hotel Lincoln.

Pensaba en sí mismo, en los doscientos dólares que tan bien recibidos fueron por su esposa Mary, y en Robin Baxter, el hombre que se negaba a informar quién le comunicó los números intervenidos.

Se negaba hasta el punto de hallarse dispuesto a ir a la cárcel por desacato a la petición fiscal...

Oyó el estrépito del tren de carga. Y también oyó el otro ruido.

Este otro ruido procedía de la calle Sun, a no más de treinta pasos, y al iniciar Kovalsk la carrera a pie hacia el eco de los disparos, un “Cadillac” negro giró la esquina y pasó por su lado a gran velocidad.

En la galería del hotel habían dos siluetas. Una en pie, la otra desplomándose.

Kovalsk corrió a lo largo del porche, y la silueta en pie, se volvió. Resollando, exclamó Kovalsk:

—¡Señor Baxter!

Baxter escrutó las tinieblas.

—Soy yo. Mike Kovalsk. ¿Quién es este hombre?

—El ex candidato a concejal Clem Simons. Creo que todavía vive.

—¿Quién le disparó?

—No sé. Los balazos partieron de un coche.

—¡Yo lo vi! —exclamó Kovalsk excitado, inclinándose sobre el cuerpo de Simons.

—Esta es la pistola de Simons. Lleva sus huellas —explicó Baxter—. No ha sido disparada.

—¡Le digo que vi el coche! Me pasó por el lado en la calle lateral.

—También lo vi yo, Mike.

—Entonces ya seremos dos y podrá corroborar mi testimonio. Era un “Cadillac” negro. Eso será fácil de hallar...

—No, Mike. Vimos el mismo coche, pero quizá la luz es algo mejor aquí en la calle Sun. Un cuatro plazas, pero puedo jurar que no era un “Cadillac”. Y tampoco era negro.

Kovalsk le miró inexpresivamente.

—Cuando usted lo dice, así será. ¿Sabe quién disparó?

Robin Baxter meneó la cabeza en negativa.

Luego se frotó el lóbulo de la oreja.

Y por fin dijo lentamente:

—No tengo ni idea. Pero... quizá fue el Sindicato del Crimen.

* * *

A las diez de la mañana, Robin Baxter testimonió ante un gran jurado muy cordial y un fiscal muy afable.

En el hospital le habían extraído las balas a Clem Simons. Sobrevivirá.

En pocos minutos el jurado emitió su veredicto de homicidio frustrado cometido por persona o personas de identidad desconocida.

Y también para procesar al forzosamente ausente Clem Simons por el asesinato del juez.

No se mencionó para nada la pendiente comparecencia de Robin Baxter para declarar sobre sus fuentes de información. El asunto quedaba cancelado.

En el hotel, el recepcionista tendía un paquete. Plano, poco voluminoso.

—Un desconocido me entregó esto para usted. Dijo que fuera con mucho cuidado, porque es un objeto frágil y raro. El único que existe de su clase.

Abrió Baxter el vuelo del sobre envoltura y miró al interior.

—¿Alguna antigüedad exótica?

—Una cinta grabada. Con música.

—¿Alguna versión original de los Monyeys?

—Mucho mejor. “Primavera en Sanderville” por Pat Dorante, el policía cantante.

—Buena música y mejor canción, pero no veo que sea algo tan raro.

—Todo depende del color del cristal a través del que se mira o se oye. Dígame, ¿a qué hora sale el primer tren para Harbor Point?

Salía dentro de media hora.

Pero llegó diez minutos antes.

Estaba en el andén leyendo la edición del *Daily News*, cuando Laura Holden se detuvo ante él.

Los grandes ojos azul celeste le miraban interrogantes.

—¿Te ibas sin siquiera despedirte, Rob?

—El fiscal me notificó que cuanto antes me fuese tanto mejor para todos, ya que ahora las autoridades locales se ocuparían de

todo.

—He dejado mi trabajo en el Gay Tavern. Me voy de Sanderville.

—¿Cuándo?

—Tengo el billete. Me mandarán el equipaje.

Se inclinó Baxter.

Sus labios rozaron la trémula boca femenina.

Luego se frotó el lóbulo de la oreja.

—Harbor Point es un sitio maravilloso, Laura.

Fue ella la que ahora se empinó sobre la punta de los pies para besarle con pasión.

Para susurrar después:

—He perdido la vergüenza, Rob.

—No veo qué es lo vergonzoso en ser la señora Baxter.

Oyeron el silbato del tren que se aproximaba.

—Si no oigo mal, aparte del silbato, has dicho que me has pedido casarte conmigo. ¿Así? ¿Tan de repente?

—¿El amor cómo le sacude a uno? ¿Por etapas? De golpe, de golpe. Primero un bofetón. Luego un beso.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España